

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Misiones

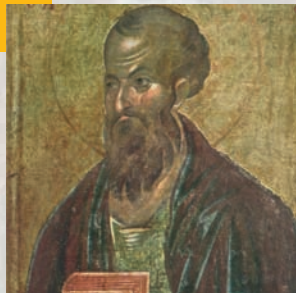


ENCUENTROS Y CONGRESOS 4

Apóstoles y misioneros

*Jornadas
de Delegados Diocesanos de Misiones
Madrid, 20 al 22 de mayo de 2008*

Editado por
Anastasio Gil García



Apóstoles y misioneros

**Comisión Episcopal de Misiones
y Cooperación entre las Iglesias**

ENCUENTROS Y CONGRESOS

4

Apóstoles y misioneros

*Jornadas
de Delegados Diocesanos de Misiones
Madrid, 20 al 22 de mayo de 2008*

Editado por
Anastasio Gil García



Editorial EDICE · Madrid 2008

Portada: JUAN SALVADOR

© Editorial EDICE

Depósito Legal: M-42331-2007

I.S.B.N.- 978-84-7141-676-6

Edita: Editorial EDICE - Conferencia Episcopal Española

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - Antonio González Porras, 35-37
28019 MADRID

Sumario

Presentación	07
--------------------	----

Ponencias

I. Aspectos antropológicos, eclesiológicos y ecuménicos de la misión.....	13
JOSÉ RAMÓN VILLAR SALDAÑA	
II. Pablo, apóstol por vocación	39
JORGE JUAN FERNÁNDEZ SANGRADOR	

Mesa redonda

Animación misionera desde las delegaciones diocesanas de misiones

I. Introducción	55
PABLO SECO PERNAS	
II. Animación misionera a los sacerdotes	59
MIGUEL ÁNGEL MELGAR VILLA	
III. La experiencia de misiones en la etapa de formación de un seminarista.....	67
MIGUEL ÁNGEL ARRIBAS SÁNCHEZ	
IV. Principios de comunicación organizada.....	75
JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA	



Apéndices

I. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008.....	89
BENEDICTO XVI	
II. De la misión de san Pablo a la misión en el tercer milenio.....	97
FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ	
III. Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización (3-XII-2007)	121
CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE	

Presentación

ANASTASIO GIL GARCÍA

*Director del Secretariado de la Comisión Episcopal
de Misiones y Cooperación entre las Iglesias
Subdirector de Obras Misionales Pontificias*

Las Jornadas Nacionales de Delegados Diocesanos de Misiones y la Asamblea Nacional de Directores Diocesanos de las Obras Misionales Pontificias, celebradas los días 20-22 de mayo de 2008, fueron la ocasión para una gozosa reflexión sobre tres cuestiones nucleares de la actividad misionera de la Iglesia.

La Congregación para la Doctrina de la Fe había publicado recientemente una *Nota doctrinal acerca algunos aspectos de la Evangelización* (3-XII-2007). Era necesario que las cuestiones planteadas en dicho documento no pasaran inadvertidas para quienes tienen la tarea de la animación y formación misionera en las diócesis. Razón suficiente para que la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias y la Dirección nacional de Obras Misionales Pontificias invitaran al prof. José Ramón Villar, eclesiólogo y decano de la Facultad de Teología de Navarra, para la conferencia inaugural sobre «Aspectos antropológicos, eclesiológicos y ecuménicos de la Misión». Su intervención ayudó en una primera instancia a hacer una lectura comprensiva del texto, para pasar de modo inmediato a iluminar las principales cuestiones antropológicas, eclesiológicas y ecuménicas que inciden en la acción misionera de la Iglesia.

Quienes han recibido de su obispo el encargo de ayudar a la Iglesia local a promover el dinamismo misionero que



la identifica como Iglesia de Jesucristo lo hacen a través de la permanente animación misionera de las comunidades eclesiales. Entre los destinatarios de esta acción pastoral los sacerdotes, los candidatos al sacerdocio y los medios de comunicación ocupan los primeros puestos de responsabilidad. Para orientar sobre el modo de proceder con ellos, el Programa de las Jornadas abrió la puerta a tres expertos en estos campos. Para coordinar sus intervenciones nadie mejor que el sacerdote misionero en Japón, Pablo Seco (IEME), como moderador de la mesa. El Vicario episcopal para el Clero de la diócesis de Valladolid, Miguel Ángel Melgar, diseñó cómo implicar a los presbiterios diocesanos en este compromiso para evitar la tentación de reducir lo «misionero» a unas campañas puntuales o a lo estrictamente económico. Desde la experiencia como formador, actualmente, como director espiritual del Seminario de Madrid, Miguel Ángel Arribas dibujó el camino por el que los candidatos al sacerdocio deben incorporar a su formación sacerdotal la dimensión misionera no como un elemento más, sino como parte integrante de su futura solicitud por todas las Iglesias del mundo. Finalmente, el Decano de la Facultad de Información de la Universidad San Pablo-CEU, Juan Francisco Serrano, creó la inquietud en los delegados de servirse de los medios de comunicación para dar a conocer el quehacer misionero de la Iglesia, no sólo como medio de Evangelización sino también de promoción y desarrollo de los pueblos.

Las Jornadas concluyeron con la mirada puesta en la próxima celebración del Domingo Mundial de las Misiones (DOMUND), que ponía su mirada en el Apóstol de los gentiles, Pablo de Tarso. A él se refería el papa Benedicto XVI al entregar su mensaje a la Iglesia para este día, unos días antes de estas Jornadas. Asunto que fue objeto de la conferencia de clausura, a cargo de un experto teó-

logo paulino, Jorge Juan Fernández Sangrador, director de la BAC. En su intervención evocó la figura de Pablo como evangelizador para dejar constancia de algunos aspectos de su vida que inciden de manera precisa y clara en la acción misionera de la Iglesia.

La Comisión Episcopal de Misionens y Cooperación entre las Iglesias y las Obras Misionales Pontificias desean poner a disposición de quienes trabajan al servicio de la pastoral misionera la documentacion escrita de estas intervenciones. A ellas se añaden, como anexos, los textos oficiales de la Congregación para la Doctrina de la Fe y el Mensaje de Benedicto XVI con motivo del DOMUND 2008. Cierra este apartado documental la interesante conferencia que el Arzobispo de Pamplona y Director nacional de las Obras Misionales Pontificias, Francisco Pérez Gonzáles, dio al inaugurarse la LXI Semana Española de Misionología en Burgos, «De la misión de san Pablo a la misión del tercer milenio».

Agradecemos a los autores, que nos han permitido editar sus trabajos, y a quienes han colaborado en la preparación de esta publicación, en especial al P. Juan Martínez, FMVD, incansable colaborador en ambas Instituciones misioneras.

Madrid, 3 de diciembre
San Francisco Javier



Ponencias

Mi

Aspectos antropológicos, eclesiológicos y ecuménicos de la misión

JOSÉ RAMÓN VILLAR SALDAÑA
*Facultad de Teología
Universidad de Navarra*

Introducción

La Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe «Acerca de algunos aspectos de la evangelización» es un documento breve, con 13 párrafos distribuidos en una introducción, una conclusión, y tres epígrafes centrales, en los que se inspira el título de estas páginas. Aprobada días antes por Benedicto XVI, lleva fecha de 3 de diciembre de 2007, memoria litúrgica de san Francisco Javier, Patrón de la Misiones¹. El tema central que aborda es la legitimidad y la necesidad de la propuesta de la conversión a Cristo y a la fe católica.

1. Como es natural, el punto de partida del documento es el testimonio de la Sagrada Escritura. La Nota evoca el envío de los discípulos por Jesús como el Padre lo envió (*Jn 20, 21*), una misión concretada luego en el mandato de

¹ Se puede consultar en *L'Osservatore Romano* del 15-XII-2007.



Mt 28, 18-20. Consiguientemente, los apóstoles predicaron en todo lugar, invitando a la conversión y bautizando, con fuerte sentido de urgencia, según las palabras del Apóstol «¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (*I Co 9, 16*). El libro de los *Hechos*, por su parte, testimonia la expansión de la Iglesia y la fundación de nuevas comunidades mediante el anuncio audaz del Evangelio, acompañado incluso del martirio. Para la Nota, siguiendo la estela del Nuevo Testamento, esta actividad de evangelizar consiste en «anunciar a Jesucristo con palabras y acciones, o sea, hacerse instrumento de su presencia y actuación en el mundo» (n. 2).

La actividad evangelizadora ha sido una constante en la vida de la Iglesia a lo largo de los siglos. El Concilio Vaticano II invitó a tomar una renovada conciencia de esta misión de la Iglesia en un momento epocal en la historia de la humanidad. Pablo VI señaló que «evangelizar es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, es su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»². Juan Pablo II recordaba en la Encíclica *Redemptoris missio* (1990) que la evangelización mantiene hoy no sólo su justificación, sino sobre todo su urgencia, pues la misión está todavía en sus comienzos.

2. No obstante estas exhortaciones a la misión, la Congregación levanta acta de un grave fenómeno que afecta actualmente a la actividad evangelizadora, a saber, una «confusión creciente –dice– que induce a muchos a desatender y dejar inoperante» el mandato misionero del Señor (n. 3). Entre otros síntomas de esa confusión, el texto advierte un amortiguamiento, si no la desaparición prácti-

² Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 14.

ca en el discurso misional, de la idea de anuncio del Evangelio en orden al bautismo y a la incorporación a la Iglesia; idea que viene sustituida por otras relativas a la promoción humana y social, ciertamente necesarias en todo testimonio cristiano, pero presentadas unilateralmente como alternativas al anuncio explícito de la fe y de la invitación a la conversión. La Congregación también se muestra preocupada por la sustitución del anuncio de fe por un diálogo interreligioso de bajo perfil identitario. Si bien es indudable la buena intención que motiva esos modos de proceder, no resulta fácil reconocer en ellos la *parresía* apostólica³.

3. En su introducción, la Nota indaga las causas de esa confusión (nn. 1-3); y en las tres partes del documento muestra sus consecuencias antropológicas, eclesiológicas y ecuménicas (nn. 4-12). Una primera causa la constituye un modo de entender el respeto a la conciencia individual, según el cual el anuncio del Evangelio —y la oferta de conversión a la fe en Jesús— podrían lesionar la libertad de las personas: «A menudo se piensa que todo intento de vencer a otros en cuestiones religiosas es limitar la libertad. Sería lícito solamente exponer las propias ideas e invitar a las personas a actuar según la conciencia, sin favorecer su conversión a Cristo y a la fe católica: se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión, que basta con construir comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad» (n. 3).

³ Es cierto que la falta de libertad religiosa en un determinado lugar obligará al misionero, a pesar suyo y obligado por las circunstancias, a contener el anuncio: cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n. 57. La Nota considera, en cambio, los problemas que provienen más bien de ciertos discursos internos sobre la misión.



En segundo lugar, el abandono del anuncio del Evangelio vendría justificado por la idea de que todos los caminos humanos –religiosos o no– son caminos de salvación, principalmente en la medida en que promuevan la justicia, la paz, la libertad, la solidaridad. En consecuencia, no se debería anunciar a Cristo «a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues sería posible salvarse también sin un conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia» (n. 3). Aún más, «se llega a afirmar que la pretensión de haber recibido como don la plenitud de la Revelación de Dios esconde una actitud de intolerancia y un peligro para la paz» (n. 10). En el fondo de esta postura se encuentra el relativismo señalado por la Decl. *Dominus Iesus* con las siguientes palabras: «el perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo *de facto* sino también *de iure* (o de principio)»⁴.

Sobre el pluralismo *de facto* y pluralismo *de iure* la Nota se remite a unas palabras de Benedicto XVI. Existe un pluralismo *de facto*, fruto legítimo de la libertad, «que deriva –dice el Papa actual– de la convivencia humana, más aún, como una consecuencia intrínseca de la verdad que no se puede imponer desde fuera, sino que el hombre la debe hacer suya sólo mediante un proceso de convicción». En cambio, el pluralismo *de iure* tiene una raíz bien distinta, pues «se considera –sigue explicando el Pontífice– como expresión de la incapacidad del hombre de encontrar la verdad y, por consiguiente, se transforma en una canonización del relativismo, [y] entonces pasa

⁴ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, n. 4, en AAS 92 (2000) 744.

impropiamente de necesidad social e histórica al nivel metafísico, y así se le priva [al pluralismo] de su verdadero sentido, con la consecuencia de que no lo puede aceptar quien cree que el hombre es capaz de conocer la verdad de Dios y está vinculado a ese conocimiento basándose en la dignidad intrínseca de la verdad»⁵. La versión religiosa de este pluralismo *de iure* sostiene la igual validez de todas las experiencias religiosas como expresiones del plan de Dios con los hombres. Esta posición exigiría una reformulación radical de la misión cristiana.

4. Las causas mencionadas han propiciado una incertidumbre acerca de la misión, que ya viene de lejos, según reconoce la Nota: «desde hace mucho tiempo se ha ido creando una situación en la cual, para muchos fieles, no está clara la razón de ser de la evangelización» (n. 10).

En 1975, en efecto, Pablo VI se hacía eco de ese clima de perplejidad en la Exh. Apost. *Evangelii nuntiandi*: «¿para qué anunciar el Evangelio, ya que todo hombre se salva por la rectitud del corazón? Por otra parte, es bien sabido que el mundo y la historia están llenos de “semillas del Verbo”. ¿No es, pues, una ilusión pretender llevar el Evangelio donde ya está presente a través de esas semillas que el mismo Señor ha esparcido?» (n. 80)⁶. Juan Pablo II, en la Enc. *Redemptoris missio* (1990), recogía interrogantes similares: «algunos se preguntan: ¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizá por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad, ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No

⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana* (22-XII-2005), en AAS 98 (2006) 50.

⁶ AAS 69 (1976) 73.



puede uno salvarse en cualquier religión? ¿*Para qué entonces la misión?*» (n. 4). Esta incertidumbre ha generado una evidente preocupación en distintas instancias de responsabilidad eclesial. La Congregación para la Doctrina de la Fe, en la Declaración *Dominus Iesus* del año 2000, trató específicamente de la mediación salvífica universal de Jesucristo y de la eclesialidad de la salvación. Anteriormente la Congr. para la Evangelización de los Pueblos y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso habían publicado el documento *Diálogo y Anuncio* (1991). Poco tiempo después, en 1996, la Comisión Teológica Internacional publicó el documento *El Cristianismo y las religiones*.

La teología ha prestado una enorme atención al contexto actual del pluralismo religioso. Renunciamos a hacernos eco ahora, siquiera someramente, de la enorme producción teológica al respecto⁷. Con todo, conviene mencionar brevemente las principales posiciones acerca de la relación entre fe cristiana y religiones. En primer lugar, la que entiende que el conocimiento salvífico de Dios se da sólo en una religión, que es la verdadera, y las demás no lo son de modo alguno (exclusivismo). Se puede decir, en segundo lugar, que la plenitud de la salvación se da en una religión, mientras que en las otras religiones sólo son momentos parciales de esta salvación (inclusivismo); es la tendencia común en la teología católica. Una tercera posición entiende que el conocimiento de Dios se da en muchas religiones, y la verdad no es captada del todo por ninguna de ellas. En un mundo lleno de cosmovisiones religiosas es

⁷ Para una primera información, vid. J. MORALES, *Teología de las religiones*, Rialp, Madrid 2000; M. FÉDOU, *Las religiones según la fe cristiana*, Desclée, Bilbao 2000; F. CONESA, «Sobre la “religión verdadera»», en *Scripta theologica* 30 (1998) 39-85, y E. BUENO DE LA FUENTE, *El cristianismo en 50 claves*, Monte Carmelo, Burgos 2007.

necesario relativizar toda pretensión de verdad, pues no podemos saber quién o qué es Dios *en sí*; toda fe religiosa se remite a representaciones con las que nuestra conciencia se representa la realidad divina *para nosotros*. En consecuencia, no sería posible compaginar la pretensión del valor absoluto del cristianismo con el reconocimiento de las demás religiones. Evidentemente, esta teoría pluralista de las religiones es problemática para el creyente.

La Nota no aborda este conjunto de cuestiones, ni reitera los argumentos expuestos en la amplia documentación antes mencionada. En cambio, se detiene en ilustrar algunas consecuencias, principalmente antropológicas y eclesiológicas, de la «confusión» que observa, y que afectan a centros neurálgicos de la fe. Veamos el contenido (I) del documento, resumido de forma libre: nos fijaremos en sus ideas básicas, acompañadas en su caso con alguna glosa personal. A continuación, añadiremos algunos comentarios más propositivos (II).

1. Contenido de la Nota

La Nota pretende lograr dos objetivos. En primer lugar, quiere mostrar la articulación armónica del mandato misionero con el respeto a la conciencia y a la libertad religiosa de todos; y, en segundo lugar, exhorta a la recuperación de las certezas acerca de la mediación universal de Cristo y, derivadamente, de la función salvífica de la Iglesia. Para alcanzar esos objetivos, los argumentos giran en torno a dos temas principales, que podemos llamar «legitimidad antropológica de la propuesta cristiana» (A), y «eclesialidad de la propuesta cristiana» (B). La Nota añade una consideración particular de la problemática en el



ámbito ecuménico (C). Finalmente, hace una urgente llamada al anuncio de la fe en los momentos actuales (D).

1.1. Legitimidad antropológica de la propuesta cristiana

La Nota aborda la objeción que considera lesiva para la libertad personal la propuesta de algo que se considera verdadero en sí, para que los demás puedan adherirse.

1. La objeción referida se basa no tanto en que no pueda proponerse lo que uno estime oportuno, propuesta que es legítima, en principio, allí donde existe un auténtico clima de libertad; la objeción apunta más bien a que se proponga como algo *verdadero en sí*, pretensión esta que no se compadecería con «un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas» (n. 4); válidas, añadimos, no porque todas las posiciones sean verdaderas, sino precisamente porque renuncian a presentarse como verdaderas. Ante ese relativismo, la Congregación recuerda –con palabras de Benedicto XVI– que una libertad desvinculada de la verdad «al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos»⁸. Además, cuando el hombre se hace escéptico sobre su capacidad de conocer la verdad, termina por perder lo único que puede atraer su inteligencia y fascinar su corazón (cf. *ibíd.*).

Dicho eso, la Nota sale al paso de la objeción en tres momentos concatenados. En primer lugar, recuerda algo

⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura de la Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma* (6 de junio de 2005), en AAS 97 (2005) 816.

obvio pero necesario en las circunstancias actuales, a saber: constituye un *bien* conocer la verdad acerca de Dios, de uno mismo y del mundo; vivir en la oscuridad es un mal que está en el origen de numerosos sufrimientos y esclavitudes. Dios concedió a los hombres inteligencia y voluntad para que libremente lo pudieran buscar, conocer y amar (cf. n. 4). La Nota añade que en esa búsqueda de lo que es bueno y verdadero actúa ya el Espíritu Santo, que abre y dispone los corazones hacia Dios, según la afirmación de santo Tomás de Aquino: «Toda verdad, dígala quien la diga, viene del Espíritu Santo»⁹.

En esa búsqueda de la verdad necesitamos, además, confiar en los conocimientos transmitidos por otros. El hombre «desde el nacimiento [...] está inmerso —dice Juan Pablo II— en varias tradiciones, de las cuales recibe [...] muchas verdades en las que, casi instintivamente, cree. [...] en la vida de un hombre las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal»¹⁰. Esta dinámica comunitaria en la búsqueda de la verdad es especialmente aplicable a la verdad evangélica, que ha sido entregada a una comunidad creyente, de manera que la confianza hacia quienes testifican su autenticidad juega un papel importante en la aceptación (cf. n. 5).

En tercer lugar, ese diálogo y comunicación sobre verdades significativas responde a otra importante realidad antropológica, pues es propio del hombre su deseo de que los demás participen de los propios bienes (cf. n. 5). Por eso, acoger la Buena Nueva impulsa de por sí a comunicar-

⁹ *Summa Theologiae*, I-II, q. 109, a. 1, ad 1.

¹⁰ JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio*, n. 31, en AAS 91 (1999) 29; cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 12.



la. No debe extrañar, por tanto, que la Iglesia quiera hacer partícipes a los hombres de esos bienes, para que tengan la plenitud de la verdad y de los medios de salvación. Por lo demás, la adhesión a Cristo y la incorporación a su Iglesia enaltecen la libertad humana.

2. De tales consideraciones concluye la Nota la legitimidad de estimular la inteligencia y la libertad de las personas hacia el encuentro con Cristo y con su Evangelio. La oferta del evangelizador, y el diálogo entablado en orden a dar a conocer y amar a Cristo, están en profunda sintonía con la naturaleza comunitaria del proceso de aprendizaje humano. El anuncio cristiano no es, pues, una intromisión indebida en la libertad de otros, sino una expresión de la búsqueda comunitaria de la verdad en libertad. Ofrecer esa posibilidad es legítimo y hasta necesario para hacer más fecundas las relaciones entre los hombres (cf. n. 5). Todavía más, «toda persona tiene derecho —afirma Juan Pablo II— a escuchar la “Buena Nueva” de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación»¹¹. Es un derecho conferido por el mismo Señor —dice la Nota, n. 2— de manera que todos los hombres y mujeres puedan decir junto con san Pablo: Jesucristo «me amó y se entregó por mí» (*Gal 2*, 20). A este derecho corresponde el deber de evangelizar: «no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe» (*I Co 9*, 16).

3. La evangelización implica, por consiguiente, el anuncio, bien sea realizado de modo comunitario pero

¹¹ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio*, n. 46, en AAS 83 (1991) 293; cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, nn. 53 y 80, en AAS 69 (1976) 41-42, 73-74.

también de modo individual, esto es, en palabras de Pablo VI, la «transmisión de persona a persona. El Señor la ha practicado frecuentemente [...] y lo mismo han hecho los apóstoles. En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe? La urgencia de comunicar la Buena Nueva a las masas de hombres no debería hacer olvidar esa forma de anunciar mediante la cual se llega a la conciencia personal del hombre y se deja en ella el influjo de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre»¹². Sin la palabra, concluía Pablo VI, «incluso el testimonio más hermoso se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado –lo que Pedro llamaba dar “razón de vuestra esperanza” (1 Pe 3, 15)–, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús»¹³.

4. No obstante, el camino hacia la verdad debe recorrerse, recordó el Concilio Vaticano II, «de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante una libre investigación, sirviéndose del magisterio o de la educación, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales unos exponen a otros la verdad que han encontrado o creen haber encontrado»; y, en todo caso, la verdad «no se impone de otra manera, sino por la fuerza de la misma verdad»¹⁴. Por eso, «la Iglesia prohíbe severamente –advierte el Decr. *Ad Gentes*– que a nadie se obligue, o se induzca o se atraiga por medios indiscretos a abrazar la fe» (n. 13).

¹² PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 46, en AAS 69 (1976) 36.

¹³ *Ibid.*, n. 22, en AAS 69 (1976) 20.

¹⁴ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 3.



1.2. Eclesialidad de la propuesta cristiana

El segundo conjunto de cuestiones que aborda la Nota parte de un dato pacífico en la teología católica, a saber: la posibilidad de salvarse sin el conocimiento *explícito* de Cristo y sin la incorporación *formal* a la Iglesia.

1. Ahora bien, ese dato significaría, en opinión de algunos, que todos los que buscan a Dios en las diversas experiencias y tradiciones religiosas ya formarían parte del Reino de Dios y, en consecuencia, no habría que anunciar a Cristo ni favorecer la adhesión a la Iglesia. La Nota considera críticamente esta opinión en dos pasos.

Primeramente, se recuerda que el Reino de Dios no es una realidad genérica e indiferenciada, sino que se identifica con la persona de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible. Es cierto que los no cristianos pueden salvarse mediante la gracia que Dios da. Pero esa gracia salvífica de Dios, que alcanza al hombre por los «camino que Él sabe»¹⁵, no es ajena a Cristo y a su Iglesia. Antes bien, cualquier movimiento del corazón humano hacia Dios y hacia su Reino —continúa la Nota— conduce implícitamente, por su propia naturaleza, a Cristo, y se ordena a la incorporación en su Iglesia. Por ello, «el Reino no puede ser separado de la Iglesia»¹⁶. Precisamente la expansión de la Iglesia en el tiempo y el espacio es un servicio a la presencia de Dios mediante *su* Reino, del que ella es instrumen-

¹⁵ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, n. 7; cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 16; Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

¹⁶ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio*, n. 18, en AAS 83 (1991) 265-266. Sobre la relación entre la Iglesia y el Reino, cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, nn. 18-19; AAS 92 (2000), 759-761.

to signo eficaz en la historia —«el germen y el principio»— hasta que Él sea «todo en todos» (*I Co* 15, 28).

Por ese motivo, desde el día de Pentecostés, el Evangelio ha sido anunciado explícitamente a todos los hombres, para que crean, se conviertan y lleguen a ser discípulos de Cristo y miembros de su Iglesia. Los apóstoles, «movidos por el Espíritu Santo invitaban a todos a cambiar de vida, a convertirse y a recibir el bautismo»¹⁷. «Es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades —decía Juan Pablo II—, es decir, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación»¹⁸. En efecto, la «Iglesia peregrina —dice el Concilio Vaticano II— es necesaria para la salvación»¹⁹. Mantener unidas ambas afirmaciones significa que no son alternativas excluyentes entre sí. Por eso, resulta equívoco apelar a la voluntad divina de salvación para depreciar el ministerio salvífico de la Iglesia. Justamente porque Dios quiere que todos los hombres se salven, y Cristo es el único mediador, es necesario el anuncio evangélico de la Iglesia.

1.3. Anuncio y testimonio en el ámbito ecuménico

El n. 12 de la Nota aplica algunas consideraciones anteriores al ámbito ecuménico. La misión única de la Iglesia, o evangelización en sentido amplio, se realiza de acuerdo a las

¹⁷ *Ibid.*, n. 47, en AAS 83 (1991) 293.

¹⁸ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio*, n. 9, en AAS 83 (1991) 258.

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 14; cf. Decreto *Ad gentes*, n. 7; Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 3.



diferentes situaciones en las que aquella se desarrolla. La *missio ad gentes* ofrece el primer anuncio a los que no conocen a Cristo. Para referirnos a la atención ordinaria de los fieles hablamos de actividad pastoral. Para la tarea con los católicos que han abandonado la vida cristiana se ha acuñado la expresión «nueva evangelización»²⁰. Finalmente, respecto de los cristianos no católicos, la Iglesia católica no *misiona* en el sentido *ad gentes*. Con ellos la Iglesia católica desarrolla su compromiso y actividad *ecuménica*.

La actividad ecuménica abarca, como es sabido, aquellas iniciativas, oficiales o no, comunitarias o individuales, que se ordenan a lograr la unidad institucional de las Iglesias en cuanto tales. La Nota recuerda que esta actividad supone, entre otras cosas, el respeto de las tradiciones y riquezas espirituales de los demás cristianos; un sincero espíritu de cooperación, también en la tarea de evangelización; implica el diálogo, que es la escucha del otro, tratando de entender sus convicciones. Finalmente también supone, añade la Nota, el anuncio de los elementos que pertenecen a la fe común, según la propia convicción. En este sentido, todo fiel católico —como también el no católico— tiene el derecho y el deber de testimoniar su identidad confesional en un diálogo que respete la caridad y la verdad.

Además, la actividad ecuménica, que tiende a lograr la unidad visible entre las Iglesias y las Comunidades eclesiales, se distingue del conjunto de cuestiones que planteen los requerimientos de la conciencia religiosa personal. Por ejemplo, llegado el caso, si un cristiano no católico —señala la Nota— por razones de conciencia, pide entrar en la plena comunión con la Iglesia católica, esto ha de ser respetado como obra del Espíritu Santo y como

²⁰ Cf. *ibíd.* n. 30 ss.

expresión de la libertad de conciencia y de religión. Esta afirmación de la Nota no constituye novedad alguna. El Concilio Vaticano II afirmó que «es manifiesto, [...] que la obra de preparación y reconciliación individuales de los que desean la plena comunión católica se diferencia, por su naturaleza, de la acción ecuménica, pero no encierra oposición alguna, ya que ambos proceden del admirable designio de Dios»²¹. El compromiso ecuménico es, pues, compatible con el anuncio de la fe católica a quienes libremente acepten acogerla, sin presión alguna, como es natural²². En estos casos, hablar negativamente de «proselitismo» resulta sumamente equívoco. Las Iglesias ortodoxas en particular hacen ese reproche sobre todo porque parten de un previo concepto de «territorio canónico» exclusivo, que tendencialmente considera proselitista cualquier otra presencia cristiana no ortodoxa. Con todo, hay algún signo esperanzador. El obispo Hilarión Alfeyev, representante de la Iglesia ortodoxa rusa ante las Instituciones europeas, afirmaba recientemente que su Iglesia estaría dispuesta a dialogar sobre el concepto de territorio canónico con el Vaticano. Él mismo reconocía que «muchas personas de occidente piensan que el concepto de “territorio canónico” ha perdido completamente su sentido en la realidad actual, porque los creyentes ortodoxos coexisten junto a los católicos, protestantes y representantes de otras denominaciones»²³.

²¹ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 4.

²² «En la difusión de la fe religiosa, y en la introducción de costumbres, hay que abstenerse siempre de cualquier clase de actos que puedan tener sabor a coacción o a persuasión inhonesta o menos recta, sobre todo cuando se trata de personas rudas o necesitadas», CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 4.

²³ Declaraciones a la agencia informativa rusa Interfax, Moscú, 27 de febrero 2008.



1.4. Urgencia de la misión

Finalmente, la Nota contiene una fuerte llamada a la tarea evangelizadora (cf. n. 13): «*Caritas Christi urget nos*» (2 Co 5, 14). Es una exhortación a relanzar generosamente la misión, en continuidad con el gran número de cristianos que a lo largo de la historia, movidos por el amor de Cristo, han emprendido iniciativas y obras de todo tipo para anunciar el Evangelio en el mundo. «El anuncio y el testimonio del Evangelio son –en palabras de Benedicto XVI– el primer servicio que los cristianos pueden dar a cada persona y a todo el género humano, por estar llamados a comunicar a todos el amor de Dios, que se manifestó plenamente en el único Redentor del mundo, Jesucristo»²⁴. También: «si damos a los hombres –concluye el actual Pontífice– sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco»²⁵.

2. Comentario

El contenido de la Nota recién descrito sintéticamente suscita numerosas consideraciones. Quisiera señalar sólo alguna.

A mi entender, el problema que señala la Congregación no afecta sólo a la misión y a los misioneros *ad gentes* (y en la medida en que afecte). Es significativo, en efecto, el

²⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el Congreso organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos*, con motivo del XL Aniversario del Decreto conciliar *Ad gentes*, (11 de marzo de 2006), en AAS 98 (2006) 334.

²⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa en la explanada de la Nueva Feria de Múnich* (10 de septiembre de 2006), en AAS 98 (2006) 710.

pasaje de la Nota antes citado: «para muchos fieles, no está clara la razón de ser de la evangelización» (n. 10). Tal oscuridad sobre el significado de la evangelización y, en definitiva, sobre el ministerio salvífico de Cristo y de la Iglesia, incide sobre no pocos fieles. No están claras las razones, además, no sólo de la *missio ad gentes*, sino también, y por lo mismo, de las variadas dimensiones de la evangelización en general. La debilidad en las convicciones sobre la verdad y la bondad del Evangelio afecta a la Misión bajo todos sus aspectos, aunque sin duda afecta de manera directa a la incorporación del anuncio *ad gentes* a la vida ordinaria de nuestras Iglesias. La razón es clara. Si la Iglesia existe para la evangelización, todo lo que desactive su fundamento tiene «una enorme relevancia cualitativa, ya que hierde hondamente en el corazón mismo de la existencia y misión cristianas», como decía Mons. Francisco Pérez en la carta que publicó con motivo de esta Nota de la Congregación (16-XII-2007).

Por eso, resulta necesario recuperar la convicción de que la situación *normal* de la vida cristiana es una dinámica misionera, también y primariamente en el «aquí» de nuestras Iglesias locales. Evangelizar es la consecuencia coherente de quien cree que Jesús en persona es el gran don que Dios nos ha regalado en su Hijo, como Camino, Verdad y Vida para la humanidad entera. La acogida de la Buena Nueva impulsa por sí misma a comunicar el don gratuitamente recibido. Para el cristiano evangelizar es la resonancia natural del deseo de compartir con los demás el bien supremo de la fe en Jesucristo. En la actualidad se requiere poner en acto esta conciencia de misión en las diversas circunstancias y ámbitos locales de manera que, junto con la habitual atención de los fieles, se otorgue un protagonismo decidido al primer anuncio, a la atención de miembros de otras religiones, o de otras confesiones cris-



tianas; a la nueva evangelización de numerosos bautizados, etc. En realidad, todas las dimensiones de la Misión de la Iglesia interactúan y se sostienen recíprocamente. Por esto, todo lo que alimente la conciencia misionera local conduce a despertar el universalismo cristiano y el envío en misión a otras Iglesias. Tal sentido de misión activa la vida cristiana y reaviva el compromiso *ad gentes*.

Se trata de un desafío que reclama, sin duda, iniciativas de diversa índole por parte de las instancias pastorales. Si nos fijamos en el nivel formativo y catequético, resulta urgente pacificar la inteligencia creyente de los fieles y confirmarles en el fundamento de la fe. Concretamente, es necesario clarificar la pretensión cristiana en el contexto del actual pluralismo religioso; un contexto que afectará en su caso a los misioneros que están «lejos», pero que ciertamente desestabiliza ya a numerosos cristianos que permanecen «en casa», si vale la expresión. Sobre este aspecto catequético y formativo cabe considerar algunas pistas de reflexión.

2.1. La pretensión de valor absoluto del cristianismo

El malestar que provoca actualmente la afirmación de la plenitud de la revelación dada en el cristianismo proviene, al menos en parte, de la idea de que semejante pretensión se percibe arrogante, y tendencialmente intolerante. La opinión pública tiene, en general, una predisposición, legítima y laudable, hacia una posición pluralista en las cosas humanas; es comprensible, por tanto, que esa inclinación, aplicada al ámbito religioso, considere con simpatía la posición pluralista de las religiones que antes menciona-

mos. Correlativamente crece en los creyentes el temor a presentar su fe con pretensiones de verdad. Por eso, es indispensable clarificar qué significa «pretensión de absoluto» de la fe cristiana, y si realmente supone la intolerancia que se le atribuye.

Cuando hablamos del valor absoluto del cristianismo queremos decir que en Cristo se ha dado la manifestación definitiva, insuperable y exclusiva de Dios, universalmente válida para todos los tiempos. Jesús es el Hijo de Dios, único mediador entre Dios y los hombres. En Él se han cumplido las promesas de salvación hechas en el Antiguo Testamento a toda la humanidad. En cuanto este cumplimiento en Cristo es la realización de la promesa divina a la humanidad, toda realidad religiosa extra-cristiana y todos los esfuerzos humanos en la búsqueda de la verdad se asumen e incluyen en Cristo. A la vez, con Cristo ha llegado una realidad *nueva*. Por eso el cristianismo entiende su relación con las demás religiones no sólo como *diálogo* integrador de esos esfuerzos humanos, sino a la vez también como *anuncio* de su plenitud purificadora en Cristo.

Esta pretensión del cristianismo no es obviamente una conclusión filosófica, sino una confesión de fe: se sitúa por principio en el ámbito de la libertad religiosa. Con ella, no se afirma primariamente la pretensión de una comunidad, la Iglesia, que aspira a imponerse a otras ofertas del mercado religioso. Es decisivo comprender bien el sentido absoluto de la pretensión cristiana: es anuncio de la *oferta de la gracia divina* para todos los hombres, una *Buena Nueva* que proclama que Dios en Jesucristo ama y acepta al mundo y al hombre en forma absoluta. Es anuncio de un don que por su naturaleza propia no se impone, sino que se recibe agradecidamente. El mensaje cristiano, por tanto, incluye como contenido esencial la libertad de su acogida:



a su contenido mismo pertenece intrínsecamente la libertad de su aceptación. Esta consideración resulta hoy decisiva, cuando a menudo se presenta a las religiones como factor de intolerancia, incluso violenta.

2.2. Salvación en Cristo y en la Iglesia

Ahora bien, el anuncio evangélico no plantea una oferta cualquiera, ante la que el hombre puede quedar indiferente. El anuncio sitúa ante la seria cuestión de la salvación en Cristo y en la Iglesia. La Nota lo apunta con las siguientes palabras: «Si bien los no cristianos puedan salvarse mediante la gracia que Dios da a través de “caminos que Él sabe”²⁶, la Iglesia no puede dejar de tener en cuenta que les falta un bien grandísimo en este mundo: conocer el verdadero rostro de Dios y la amistad con Jesucristo, el Dios-con-nosotros» (n. 7). Tocamos aquí una problemática divulgada en nuestras comunidades a veces mediante esquematismos simples. Vale la pena dedicarle atención.

La salvación —«salvar almas»— ha sido de hecho un gran motor para la actividad misionera a lo largo de los siglos. La urgencia del anuncio evangélico estaba motivada, en parte, por la necesidad de evitar la perdición de millones de hombres que desconocían a Cristo. Ahora bien, si Dios puede salvar a los hombres igualmente de otros modos, entonces en el imaginario popular la misión cristiana parecería quedar sin objeto. Por otra parte, si unos y otros, cristianos o no, pueden salvarse, «ir al cielo y ver a Dios», resultará accidental que eso suceda en cualquiera de los

²⁶ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, n. 7; cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 16; Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

caminos posibles, cristianos o no, pues parecen finalmente intercambiables. Son estas unas consideraciones que fácilmente pueden encontrarse entre las comunidades cristianas, pero que se mueven en una lógica similar. En el primer caso, el anuncio resultaría insoslayable para ofrecer una salvación imposible sin el Evangelio; en el segundo caso, ya que es posible la salvación fuera del cristianismo, el anuncio explícito de Jesús resultaría secundario. En ambos casos la relación entre evangelización y salvación se entiende de manera mecánica, valga la expresión, pues son razonamientos que abstraen la situación *de facto* ante Dios de las personas concretas, y esto –repetámoslo– en ambos casos.

La teología, por su parte, ha intentado articular la voluntad salvadora de Dios hacia la entera humanidad con la afirmación de la necesidad de Cristo y de la Iglesia. Esa reflexión ha girado en torno a las condiciones para la salvación, y el modo en que sea posible en una situación de ignorancia de Cristo y de su Iglesia. En efecto, la teología católica, mientras afirma la necesidad de la Iglesia para la salvación, nunca ha sostenido que las personas fuera de la Iglesia visible y del Evangelio no se salvan absolutamente. Quien salva siempre es Dios, se dirá, bien mediante la incorporación formal a la Iglesia y en el conocimiento explícito de Cristo, bien por otros caminos relacionados implícitamente con Cristo y la Iglesia en modo conocido sólo por Dios. La tradición eclesial ha querido expresar con el axioma *extra ecclesiam nulla salus* algo diverso de lo que a primera vista evoca esa frase. Su sentido viene precisado en el Decr. *Ad Gentes*, n. 7, cuando dice «que no pueden salvarse aquellos hombres que, aun sabiendo que la Iglesia católica ha sido constituida por Dios por medio de Jesucristo como institución necesaria, sin embargo rechazan entrar o permanecer en ella». Fuera de esa situación límite, cabría decir, puede darse la salvación. Parece insuficiente, por tanto, funda-



mentar de modo absoluto la necesidad del anuncio del Evangelio sólo a partir de la salvación individual, motivación que ha movilizadado enormes energías y generosidad para la misión a lo largo de los siglos (sólo por eso, resultaría frívolo descalificarla sin más). De modo que la necesidad de la oferta *explícita* del Evangelio y de la incorporación *formal* a la Iglesia corre el riesgo de no superar, en el imaginario cristiano, el nivel de la mera «conveniencia», por así decir, desactivando en mayor o menor grado la preocupación misionera que vinculaba el anuncio evangélico explícito con la salvación de unos hombres –millones de ellos– que de lo contrario se perderían inexorablemente.

Ahora bien, la perspectiva en que se ha situado habitualmente la reflexión teológica sobre la posibilidad de salvación –acompañada de su divulgación popular– necesita añadir otras consideraciones decisivas a la hora de justificar la necesidad del anuncio *explícito* de Cristo y de la incorporación *formal* a la Iglesia. La reflexión teológica sobre la salvación obviamente no prejuzga en concreto quién se salva y quién no, algo que queda en definitiva en el designio de Dios. En otras palabras, la teología indaga las condiciones de la salvación, pero ignora lógicamente su realización *de facto* en las personas reales, que son –no lo olvidemos– quienes de hecho existen. Dios actúa por caminos que sólo Él conoce, es decir, que nosotros no podemos verificarlos existencialmente con certeza. Bajo esta perspectiva la mejor explicación teológica siempre nos deja inciertos –no puede ser de otro modo– de la situación de las personas concretas. Por eso, la posibilidad de salvación, que es real en general, deja *intocada* la necesidad para la Iglesia del anuncio evangélico explícito a los hombres en su concreta particularidad. Si bien puede no ser necesario el conocimiento expreso de Cristo y la incorporación formal a la Iglesia para todos y cada uno de los

hombres, en cambio, lo absolutamente cierto es que ese dato no exime a la Iglesia de anunciar explícitamente el Evangelio a todos y cada uno de los hombres.

Por ello, la frase antes citada de Juan Pablo II: «toda persona tiene derecho a escuchar la “Buena Nueva” de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación»²⁷ tiene una hondura mayor que la simple relación de justicia que evoca. La Iglesia no puede eximirse de una obligación que dimana primariamente de la dinámica de la caridad hacia la persona concreta y de nuestra inevitable incerteza de los designios de Dios para cada uno en particular. El que anuncia el Evangelio, recuerda la Nota, participa de la caridad de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros (cf. *Ef* 5, 2): es el amor de Cristo el que nos urge, según el apóstol; evangelizar es expresión de gratitud que se difunde desde el corazón humano cuando se abre al amor entregado por Jesucristo. Un amor que vive en el corazón de la Iglesia y que de allí se irradia hasta los confines de la tierra, hasta el corazón de cada hombre. Esto explica el ardor, la confianza y la libertad de palabra (*parresia*) que se manifestaba en la predicación de los apóstoles. Ese amor es el sello precioso del Espíritu Santo que, como protagonista de la evangelización, no cesa de abrir los corazones al anuncio para que reciban el Evangelio.

2.3. La específica experiencia cristiana de salvación

La Iglesia sabe que el Señor la ha constituido en portadora de salvación como instrumento suyo en la historia.

²⁷ Encíclica *Redemptoris missio*, n. 46.



Cristo es el único Salvador, que ha amado y se ha entregado por cada hombre. «Conocer el verdadero rostro de Dios y la amistad con Jesucristo, el Dios-con-nosotros, es un bien grandísimo», observa la Nota. Sólo en Cristo hemos recibido la revelación definitiva de Dios y el paradigma que responde a las aspiraciones más profundas del hombre. Es un don entrar en la amistad de Jesucristo, vivir la comunión con el Hijo resucitado, accesible a todo hombre. Es un don la comunión con el Dios de la vida, que no se rompe siquiera con la muerte.

La experiencia cristiana de salvación no es, pues, intercambiable con cualquier otra vivencia religiosa. En la actualidad resulta importante dar testimonio y anunciar esta salvación en Jesucristo como experiencia cualitativamente específica y diversa de cualquier otra experiencia de salvación. Esta es la cuestión decisiva, en última instancia. La Iglesia, en efecto, hace inmediata y actual a cada generación la nueva forma de existencia configurada a la de Jesús. Es cierto que «en las sociedades occidentales –decía recientemente Benedicto XVI– se hace cada vez más difícil hablar de manera sensata de “salvación”. Sin embargo, la salvación –la liberación de la realidad del mal y el don de una vida nueva y libre en Cristo– está en el corazón mismo del Evangelio»²⁸.

De aquí se deriva, a la postre, la necesidad del anuncio explícito de la Iglesia: la Iglesia es portadora para la humanidad del encuentro histórico y categorial con Jesús Resucitado, que no se da en las demás religiones y experiencias humanas. La Iglesia es, por ello, la memoria eficaz

²⁸ Así respondía el Papa a una de las preguntas planteadas en el encuentro con los obispos de Estados Unidos celebrado el 17 de abril de 2008 durante su viaje a ese país.

de la salvación en Cristo para el mundo entero, no sólo para sus miembros; lo es también para quienes no se adherirán a ella de manera consciente. La salvación querida por Dios, decía Congar, no se refiere únicamente al individuo aislado, sino a toda la raza humana²⁹. El anuncio explícito del Evangelio y de la Iglesia a lo largo de la historia es lo que posibilita, en definitiva, que otras experiencias puedan ser salvíficas en la medida en que el acontecimiento de Cristo resuena misteriosamente en ellas.

²⁹ Y. CONGAR, *Un pueblo mesiánico: la Iglesia, sacramento de la Salvación*, Cristiandad, Madrid 1976, p.23.



II

Pablo, apóstol por vocación

JORGE JUAN FERNÁNDEZ SANGRADOR
Director de la Biblioteca de Autores Cristianos

El pasado 28 de junio se inauguró, en la Iglesia universal, un *Año Paulino*, convocado por el papa Benedicto XVI. Para la Iglesia en España, lo concerniente al apóstol Pablo nunca puede ser indiferente, ya que él mismo escribió, probablemente desde Corinto, a los romanos: «Cuando vaya de paso para España, espero veros y ser enviado allí por vosotros» (*Romanos* 15, 24). Poco antes, había dicho: «Llevo a gala no haber proclamado el evangelio en donde Cristo ya era conocido y así no edificar sobre el fundamento puesto por otro» (*Romanos* 15, 20). De estas palabras podría deducirse que, en el año 56, el cristianismo no había llegado aún a nuestro país o, al menos, así se lo parecía a Pablo.

No se sabe con certeza si la visita de Pablo a España llegó a efectuarse alguna vez, aunque el recuerdo de la noticia ha pervivido en 1 Clemente, Fragmento de Muratori, Hechos de Pedro; también en Atanasio de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, Epifanio de Salamina, Juan Crisóstomo, Jerónimo, Teodoreto de Ciro, Gregorio Magno e Isidoro de Sevilla. Sin embargo, las opiniones de los investigadores acerca del posible viaje del apóstol Pablo a España se hallan divididas, como era de esperar, entre quienes consideran que dicha visita



tuvo lugar realmente y quienes estiman que no cabe pronunciarse ante tal asunto ya que, en Romanos, sólo se expresa una intención, un propósito, el de visitar el suelo hispano, sin que haya ningún dato atendible que pueda acreditar que tal iniciativa hubiera sido llevada a efecto.

1. Pablo, llamado, por gracia, a ser apóstol

En este *Año Paulino*, y con motivo de la celebración de la Jornada Misionera Mundial 2008, el papa Benedicto XVI ha dirigido un mensaje a toda la Iglesia, en el que invita a reflexionar sobre la necesidad y urgencia de que se anuncie el Evangelio, y a que se conozca mejor la figura del apóstol Pablo, llamado por Dios a proclamar la buena nueva a todos los pueblos. Por ello, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias de la Conferencia Episcopal Española y las Obras Misionales Pontificias en nuestro país, adhiriéndose a la iniciativa del Santo Padre, han propuesto para este año el lema «Como Pablo, misionero por vocación».

En efecto, cuando el apóstol de las gentes se presenta a sí mismo, al inicio de las cartas, manifiesta una clara autoconciencia de *vocacionado al apostolado*:

Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, escogido para el evangelio de Dios (*Romanos 1, 1-2*).

Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios (*1 Corintios 1, 1*).

«*Vocatus apostolus*», traduce la Vulgata. En otros pasajes, Pablo, hablando de su apostolado, dice lo mismo aunque con estas expresiones:

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios (2 *Corintios* 1, 1).

Pablo, apóstol, no de parte de hombres ni por mediación de ningún hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre (*Gálatas* 1, 1).

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios (*Efesios* 1, 1 y *Colosenses* 1, 1).

Al oír esto, el pensamiento vuela inmediatamente a los dos relatos de *Hechos de los Apóstoles* que refieren la conversión de Pablo: 9, 1-29 y 26, 4-23, especialmente 9, 3-4 («sucedió que, al llegar cerca de Damasco, de súbito le cercó fulgurante una luz venida del cielo; y cayendo por tierra, oyó una voz que le decía: Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?»); en cambio, en 26, 13-14, son envueltos también los que lo acompañan («vi, ¡oh rey!, venida del cielo, más fulgurante que la del sol, una luz que con sus fulgores nos envolvía a mí y a los que conmigo iban. Y habiendo caído por tierra todos nosotros, oí una voz que me decía en lengua hebrea: Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Duro es para ti cocear contra el aguijón»).

En ambos pasajes existe unanimidad respecto al objetivo último de aquella experiencia:

Vaso de elección es este para mí, destinado a llevar mi nombre delante de las naciones y los reyes y de los hijos de Israel (9, 15).

Levántate y tente sobre tus pies; pues para esto me manifesté a ti, para constituirte ministro y testigo, así de las cosas que de mí viste como de las que de mí verás; sacándote de tu pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para abrirles los ojos a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, a fin de que reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los santificados por la fe en mí (26, 16-18).



Las semejanzas de este segundo pasaje con los relatos de vocación profética (*Jeremías* 1, 4-10; *Ezequiel* 2, 1-8; también *Isaías* 35, 5; 42, 7.16; 49, 1; 61, 1) han llevado a un buen número de exegetas a decir que lo del camino de Damasco fue vocación antes que conversión; una vocación singular, porque lo ha sido para el apostolado. En *2 Corintios* 10, 8, Pablo habla de «nuestra potestad, la cual dio el Señor para edificación y no para destrucción vuestra»; más adelante, en 13, 10, Pablo repite: «la potestad que me dio el Señor, para edificación y no para destrucción». Pablo evoca, al hablar así, la vocación de *Jeremías*, llamado «a edificar, no a destruir» (*Jeremías* 1, 10). Existe, por tanto, relación entre apostolado y profecía, pero, en el caso de Pablo, además, el término «potestad» (*exousía*) es el mismo que los evangelistas predicán de Jesús:

(Jesús) los instrúa como quien tiene autoridad (*exousía*), y no como sus escribas (*Mateo* 7, 29).

Para que entendáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad (*exousía*) para perdonar pecados, entonces dice al paralítico: Levántate (*Mateo* 9, 6).

Llamando a sí a sus doce discípulos, les dio potestad (*exousía*) sobre los espíritus impuros para lanzarlos y para curar toda enfermedad y dolencia (*Mateo* 10, 1).

Se me dio toda potestad (*exousía*) en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y enseña (*Mateo* 28, 18).

Esa potestad (*exousía*) ha sido dada también a Pablo en el camino de Damasco. El apóstol equipara esa experiencia a la de aquellos que, años atrás, vieron al Señor resucitado, siendo por ello constituidos testigos primordiales de la fe cristiana:

Fue visto por Cefas, luego por los Doce. Después fue visto por más de quinientos hermanos de una vez, de los cuales los

más quedan aún ahora, algunos ya murieron. Después fue visto por Santiago, luego por todos los apóstoles; últimamente, después de todos, siendo como soy el abortivo, fue visto también por mí. Porque soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues que perseguí a la Iglesia de Dios. Mas por gracia de Dios soy eso que soy, y su gracia, que recayó en mí, no resultó vana; antes me afané más que todos ellos; bien que no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo (2 *Corintios* 15, 5-10).

La vocación apostólica de Pablo fue, pues, pura *gracia*. En *Romanos* 1, 5, dirá: «Jesucristo, Señor nuestro; por quien recibimos la *gracia* y el *apostolado*»; y en *Gálatas* 2, 7-9:

Viendo que me ha sido confiado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión –pues el que infundió fuerza a Pedro para el apostolado de la circuncisión me la infundió también a mí para el de los gentiles–, y reconociendo la gracia que me ha sido dada, Santiago, Cefas y Juan, los que eran considerados columnas, nos dieron las diestras en prenda de comunión a mí y a Bernabé.

Pablo hace gala aquí de una audacia insólita: ha recibido la misma gracia que Pedro para el apostolado: este para los judíos; aquel para los gentiles. En otro momento, Pablo hablará de la gracia en términos de vocación profética:

Mas cuando plugo a Dios, que me reservó para sí desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia (*qui me segregavit de utero matris meae et vocavit per gratiam suam*), revelar en mí a su Hijo, para que lo predicase entre los gentiles, desde luego no me aconsejé de hombre mortal ni subí a Jerusalén al encuentro de los que me precedieron en el apostolado (*Gálatas* 1, 15-16).



2. La autoridad apostólica de Pablo

Sin embargo, la naturaleza de la vocación apostólica, tal como la entendía Pablo, no fue aceptada por todos. Los *oponentes* trataron de minar, en las comunidades paulinas, cuanto concernía al apóstol y su misión. Ante ese permanente ejercicio de descalificación de su vocación y capacitación apostólicas, en *2 Corintios* 10-13 se ofrece una visión sucinta pero sumamente expresiva de cuál era el problema y cómo lo vivió Pablo. La información puede ser ampliada con lo que se lee en el resto de *2 Corintios* y también en *Gálatas* y *Filipenses* 3. Casi todos los comentaristas coinciden en que los últimos capítulos de *2 Corintios*, es decir, 10 al 13, forman una unidad. Hay quien opina, incluso, que, aislados del resto de la carta, pudieran haber constituido un escrito independiente, tal vez aquel que el apóstol redactó entre lágrimas (*2 Corintios* 2, 4).

¿Qué es lo que se anda diciendo por ahí del apóstol? Que «actúa según la carne» (*2 Corintios* 10, 2), es decir, que vive como uno que no ha sido regenerado aún plenamente en el Espíritu. Tiene, además, dos caras: se muestra de una manera cuando está lejos («se atreve sólo en las cartas») y de otra cuando está cerca («cara a cara es apocado») (*2 Corintios* 10, 1.10-11). En persona, «es débil y su palabra merece poco aprecio» (*2 Corintios* 10, 10). Ya lo dice el nombre: *paulus*, o sea, *poca cosa*. Lo grave es que esto lo afirman los de casa, no los de fuera. Son apóstoles quienes hablan así. Y de los que cosechan notables éxitos en la misión. Según Pablo, la raíz de este planteamiento erróneo se halla en una percepción distorsionada de la realidad humana, y también de la divina: «No miráis sino la apariencia» (*2 Corintios* 10, 7).

A los que lo acusan de *carnal*, Pablo responde con una metáfora militar: «Las armas de nuestra milicia no son car-

nales» (2 *Corintios* 10, 4), que sirve al apóstol para explicar lo que ha sucedido en él: de prisionero ha pasado a ser soldado. Enemigo en otro tiempo de Cristo, fue incorporado a su cortejo triunfal (2 *Corintios* 2, 14 y *Colosenses* 2, 15), no en calidad de vencedor sino de vencido, y ahora, constituido apóstol, participa en el combate, «con palabra de verdad, con fuerza de Dios; manejando las armas de la justicia» (2 *Corintios* 6, 7), para hacer que Cristo sea obedecido y obre, en otros, lo que en él.

Ante los que lo ningunean al considerarlo *poca cosa*, Pablo presume de sus padecimientos apostólicos:

¿Ministros de Cristo son? (Delirando hablo) Más yo: en trabajos, más; en cárceles, más; en golpes, mucho más; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta golpes menos uno, tres veces fui apaleado, una vez apedreado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé sobre el abismo del mar; caminos hechos a pie, muchas veces; peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en noches sin dormir, muchas veces; en hambre y sed, en días sin comer, muchas veces; en frío y sin abrigo; fuera de otras cosas, las atenciones de cada día que me asaltan, la ansiosa solicitud por todas las iglesias. ¿Quién desfallece, que yo no desfallezca? ¿Quién padece escándalo, que yo no me abraze? Si es fuerza gloriarse, en lo que es de mi debilidad me gloriaré. El Dios y Padre del Señor Jesús, que es digno de bendición por todos los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el jefe regional puesto por el rey Aretas tenía distribuidas guardias en la ciudad de los damascenos con el objeto de prenderme, y por una ventanilla fui descolgado muro abajo en una espuerta, y escapé de sus manos (2 *Corintios* 11, 23-33).

Pablo, en vez de ocultar la aflicción que le han producido estos padecimientos, se gloria de ellos, pues ha sido la fuerza



de Dios, no la suya, la que le ha permitido resistir (2 *Corintios* 12, 9-10). Para no desesperarse en la debilidad, dice:

Me agrado en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos, por el nombre de Cristo. Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 *Corintios* 12, 10).

Ha comprendido, además, que uno de los motivos de sus sufrimientos es que, experimentando la consolación de Dios en estos, se halla en grado de consolar también él a los demás (2 *Corintios* 1, 3-7). La consolación, que luce en la debilidad y en el sufrimiento, es impulso para la misión. Se entiende entonces mejor a qué viene el relato de la experiencia que tuvo lugar catorce años atrás y que Pablo trae a colación ahora tal vez porque se le acusa de no poseer una espiritualidad suficiente:

¿Fuerza es gloriarse? –cosa, a la verdad, no conveniente–; vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un hombre en Cristo que catorce años atrás –si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado este tal hasta el tercer cielo. Y sé de tal hombre –si en el cuerpo o si separadamente del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe– que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que no es concedido al hombre hablar. Por lo que toca a este tal, me gloriaré; mas, por lo que toca a mí mismo, no me gloriaré sino en la debilidad (2 *Corintios* 12, 1-5).

A revelaciones no le gana nadie; a signos, prodigios y milagros, tampoco (2 *Corintios* 12, 12; véanse *Hechos de los apóstoles* 13, 4-12; 14, 8-18; 16, 16-18; 19, 11-12; 20, 7-12; 28, 7-10). A Pablo no le faltan motivos para gloriarse, pero no radica ahí la ventaja que él saca a los llamados *superapóstoles* sino en la *debilidad*.

En la literatura paulina, el término *asthénéia* («debilidad») desempeña un papel importante. Pablo se ha visto

descalificado cuando se le ha tildado de ser poca cosa (2 Corintios 10, 10), reaccionando, al principio, con timidez; después, con contundencia. El despliegue que ha hecho para alardear de lo mucho que se ha callado en su ministerio apostólico, si lo que se trataba era de presumir, es como para dejar fuera de combate a cualquiera (2 Corintios 11, 23-28; 12, 2-5.12). Pero la última palabra la tiene *asthénéia*. Dios se ha valido de esa poquedad para manifestar su poder (2 Corintios 12, 9).

Por otra parte, en Pablo es llamativo el rechazo a recibir ayuda de la comunidad de Corinto, lo que ha llegado a provocar una situación anómala: Pablo no se comporta como alguien que esté investido de autoridad apostólica, pues no acepta la retribución habitual que le es debida como apóstol. Este modo de pensar en la comunidad cristiana de Corinto deja traslucir una cuestión planteada en el mundo antiguo acerca de la retribución de los maestros y de los filósofos, quienes bien exigían que se les compensase económicamente bien se ponían bajo el patrocinio de protectores acaudalados. Esta última modalidad presentaba una dificultad seria, especialmente para los filósofos, y era que el pensamiento y la enseñanza quedaban supeditados al parecer del patrocinador, lo que ponía en grave riesgo la libertad y el servicio a la verdad.

El rechazo de la ayuda proveniente de particulares podía ser interpretado, además, como un gesto poco amistoso en una sociedad que se complacía en promover todo aquello que redundase en favor del bien común. Pero el beneficiario se ceñía un yugo que rebajaba el grado de libertad personal y docente a que aspiraba. Sólo cabía, por tanto, mendigar o trabajar. Ahora bien, un grupo humano que no asegura el sustento mínimo a sus pensadores, maes-



tros, líderes o servidores, que tienen que buscarse la vida como puedan ¿qué crédito tiene a los ojos de nadie?

Se comprende, pues, que la comunidad cristiana de Corinto, al igual que cualquier asociación deseosa de mostrarse digna de prestigio y de aprecio, asumiese con gusto y con honor el deber de financiar a su apóstol. No es extraño que se sorprendieran de la actitud de Pablo, que no sólo recusaba recibir dinero de ellos, sino que prefería trabajar con sus propias manos para ganarse la vida, y que se sintieran en cierto modo humillados al ver al apóstol ocupado en tareas vergonzantes. Deseaban otorgarle un puesto de honor en la sociedad a la vez que ser partícipes, en cuanto les era posible, de su ministerio. Pero, ante este comportamiento, se preguntan si merece ser tenido y respetado como apóstol aquel que, al contrario de otros, que, con tanto o más brillo ministerial, aceptan ayuda financiera, rompe el molde de lo que ha de ser un apóstol, en lo que va incluido recibir una retribución económica.

Pablo estima que la verdadera recompensa es anunciar el Evangelio y que, al hacerlo de balde, se manifiesta de modo más elocuente el carácter gratuito del ofrecimiento hecho por Dios a todos en Cristo (*1 Corintios* 9, 18). Al intentar descalificarlo, Pablo se ve en la necesidad de, para defenderse, desenmascarar a los falsos apóstoles (*2 Corintios* 11, 10-18): no están al servicio del verdadero evangelio y se aprovechan de los corintios. No pueden ser considerados, por tanto, apóstoles en el sentido pleno del término.

Pero los cristianos de Corinto también merecen que se les haga una aclaración con el fin de que cambien de manera de pensar. Ellos opinan que, si uno acepta una compensación económica, demuestra que es un apóstol auténtico. Pablo reacciona ante este modo de discurrir y trata de

hacerles comprender que es la predicación del evangelio lo que confiere autoridad apostólica. El hecho de que no acepte dinero antes que ser un obstáculo para reconocerle como apóstol es más bien una garantía de autenticidad y es la prueba de hasta qué punto se ha entregado apasionadamente a anunciar el evangelio.

Pablo tuvo claro desde el primer momento que él no recibiría nada de nadie, a no ser lo que fuese destinado a los santos de Jerusalén (*2 Corintios* 8, 1-9, 15). No es algo que haya hecho únicamente cuando estaba en Corinto, sino también en Tesalónica (*1 Tesalonicenses* 2, 9). Afortunadamente, puede presumir, entre otras cosas, de no haber sido carga para nadie y de no haber percibido ayuda económica, pero cuando tomó inicialmente la decisión fue para mostrar la «gracia del evangelio». Al predicarlo de balde, realiza una *acción profética*, como las que se leen en el Antiguo Testamento. Un apóstol, al igual que los profetas, encontrará sin duda modos de comportarse que expresen de manera significativa cuanto anuncian de palabra. Y, en el caso del evangelio, han de quedar patentes siempre la gracia y la libertad.

3. Como fue Dios con Pablo, así también será con nosotros

Pablo, llamado, por gracia de Dios, a ser apóstol, no halló, en todos los sectores del cristianismo primitivo, el reconocimiento de su condición de *vocacionado*. De ahí que se viera constreñido a explicar por qué podía hacer uso de este título en las comunidades fundadas por él. Aduce varias razones, pero hay una que es particularmente significativa para cuantos, en las generaciones posteriores, han



tratado de compulsar su identidad y labores apostólicas con las de Pablo: la debilidad. Este, consciente de sus limitaciones, preocupaciones y tribulaciones, se ha hecho aquella misma pregunta que un día los discípulos a la hora del reparto: «¿Qué es tan poco para tantos?» (*Juan* 6, 9). Y Jesús le ha respondido: «Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la debilidad» (*2 Corintios* 12, 9). En efecto, el poder de Dios, que de Pablo, perseguidor en otro tiempo, ha hecho fortaleza allanada, sofisma desbaratado, altivez abajada, inteligencia sojuzgada, le ha dado autoridad (*exousía*) para ser ministro del evangelio no sólo con muchos trabajos, cárceles y golpes (*2 Corintios* 11, 23), sino también con una *espina* (*skólops*), «que se me dio en mi carne, emisario de Satanás, para que me abofetee» (*2 Corintios* 12, 7). Es así, no con visiones y revelaciones, como se acredita la autoridad apostólica, gracia que proviene de Dios y no de las propias fuerzas.

Se ha discutido ampliamente sobre la naturaleza de la «espina». Desde el período patrístico hasta el medieval se ha dicho de todo: persecución, tentación o enfermedad, siendo esta la que ha recibido más atención en los estudios recientes. Cualquiera que sea la naturaleza del fenómeno, Pablo se sirve de él para rechazar cualquier intento de exaltación de sí mismo que pudiera basarse en algo fuera de lo común, que es, en cambio, lo que hacen sus oponentes. Al final se desvelará que, a los ojos de Pablo, el paradigma de actuación se encuentra en Cristo «crucificado a causa de la debilidad (*asthénéia*), pero que vive en virtud del poder de Dios... Nosotros somos débiles en él, mas viviremos con él en virtud del poder de Dios» (*2 Corintios* 13, 4).

Haciendo uso del término *asthénéia*, Pablo ha introducido una noción que le ha sido sumamente útil para elaborar una antropología, una cristología, una eclesiología y

una ética, y que da razón de todo un sistema de pensamiento teológico. Una antropología: el ser personal, sujeto a los límites que le impone su condición de creatura, no puede hacer nada por sí mismo, sino que depende absolutamente de Dios. Una cristología: la suprema revelación de Dios ha tenido lugar en la persona de Jesucristo, quien, en la debilidad de su existencia terrena, ha hecho visible la potencia de Dios. Una eclesiología: los miembros más débiles de la comunidad son, en relación con los aparentemente más destacados, indispensables, pues, sin ellos, no funciona correctamente el cuerpo de la Iglesia. Una ética: los débiles han de ser valorados y atendidos para que, en la acción favorable a ellos, se haga patente la fuerza del amor.

El concepto paulino de *debilidad* ha adquirido, pues, una clara connotación teológica. Dios no depende de las fuerzas humanas, pero busca, sin embargo, al débil, al pecador, al hostil a su proyecto, para redimirlo y prepararlo como recipiente de la propia fuerza. La debilidad es el lugar en el que se manifiesta plenamente el poder de Dios (2 *Corintios* 12, 9). Es el signo más elocuente de un apóstolado auténtico, y lo es porque identifica al ministro del evangelio con Cristo crucificado. Este, con su muerte, ha mostrado que la debilidad de Dios es más fuerte que la capacidad humana. El mismo Cristo es ahora el ejemplo que los cristianos deben seguir. Viviendo abrazados a su cruz y muriendo cotidianamente con él, este los coloca, no sólo en grado de sobrellevar las flaquezas, sino también de gloriarse en ellas.

No hay que engañarse: las tribulaciones y preocupaciones van con la actividad apostólica. De ahí que un apóstol tenga siempre la sensación de que el trabajo, aunque esté hecho, nunca queda concluido del todo. Hay una insatisfacción respecto a la tarea... inacabada por definición. Los



arrestos que se necesitan para acometerla son los mismos que se requieren para enrolarse en un ejército presto a la batalla. En los inicios de la vida misionera uno está dispuesto a arrostrar cualquier peligro, pero el problema está en perseverar, en mantener el esfuerzo. Eso es tan importante como empezar. De ahí que Pablo exprese, en clave de combate y de carrera, su concepción del apostolado:

¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos, sin duda, corren, mas uno solo recibe el premio? De tal modo corred, que lo alcancéis. Y todo el que toma parte en el certamen, de todo se abstiene; y ellos, al fin, lo hacen por obtener una corona que se marchita; mas nosotros, una que no se marchita. Yo, pues, así corro, no como a la ventura; así lucho en el pugilato, no como quien da en el aire; sino que abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud, no sea que, después de pregonar el premio para otros, quede yo descalificado (*1 Corintios 9, 24-27*).

Y cuando, en *2 Timoteo 4, 7*, Pablo ve en perspectiva su vida, a punto de concluir, confiesa: «He luchado la noble lucha, he finalizado la carrera, he mantenido la fe».

Benedicto XVI ha convocado a toda la Iglesia para que profundice en la figura del apóstol Pablo y, como él, se emplee a fondo en la noble tarea de anunciar el evangelio a toda la humanidad, lo que no es, en absoluto, imposible, como, a propósito de Pablo, escribió Juan Crisóstomo:

Ya que Dios ennobleció tanto al género humano como para permitir que un solo hombre fuera causa de tantos bienes, esforcémonos en llegar a ser semejantes a él. No lo veamos como algo imposible, puesto que –lo digo con frecuencia y no ceso de repetirlo– como fue Dios con Pablo así también será con nosotros. Nadie desconfíe, nadie desespere; por obra de la misma gracia, si te lo propones, podrás recibir tú también esos dones. Dios no hace acepción de personas; el mismo Dios os formó a él y a ti; y como fue Dios suyo, así también es Dios tuyo.

Mesa Redonda
*Animación misionera
desde las delegaciones
diocesanas de misiones*

Mi

Introducción

PABLO SECO PERNAS

IEME

Siempre necesitamos el aliento del Espíritu Santo para desarrollar la misión que Dios nos ha encomendado. Sin ese aliento sería imposible porque, como le ocurría al profeta Elías, el camino es superior a nuestras fuerzas (cf. *1 Re 19*). Por eso el que acompaña nuestra misión es el Espíritu. Es Él el que nos anima en nuestros trabajos hasta el punto de que podamos también nosotros animar a los demás en sus trabajos gracias a las fuerzas que recibimos de Dios (cf. *2 Cor 1, 4*).

Pidiendo la guía de ese Espíritu presentamos ahora tres lugares donde la animación para la misión *ad gentes* es muy necesaria: entre los sacerdotes, como animadores cotidianos de la fe; entre los seminaristas, como semilla del futuro clero, y entre los medios de comunicación social, tan poderoso instrumento de formación de mentalidades y difusor de culturas. Y para ello contamos con la presencia de tres experimentados testigos en esos campos.

El objetivo de esta mesa redonda es de poder contemplar de cerca diversas experiencias de animación misionera que nos pueden ayudar a ver la realidad de nuestras delegaciones diocesanas de misiones con otros ojos, así como nuevos campos de posibilidades para cumplir con nuestro objetivo de animación misionera.

Las tres personas que intervienen tienen demostrada experiencia en sus respectivos campos y es una gran suer-



te el poder haberles reunido aquí para que participen en esta mesa redonda. De antemano les transmitimos nuestro más profundo y sincero agradecimiento por haber dejado un momento sus muchas ocupaciones y habernos dedicado parte de su tiempo.

Hablará en primer lugar Miguel Ángel Melgar, sacerdote de la diócesis de Valladolid, en la que actualmente ocupa el cargo de Delegado Episcopal para el Clero. Anteriormente ha sido misionero y ha desarrollado su ministerio en Perú. Así que desde la doble perspectiva de misionero y de encargado de los sacerdotes puede ayudarnos a profundizar en esta tarea tan importante y necesaria en las diócesis. Existen en España varias organizaciones para encauzar el compromiso misionero de los sacerdotes diocesanos y Miguel Ángel nos puede ayudar a comprender las claves de cómo debe ser este y cómo ayudar a los sacerdotes con vocación misionera a formar parte de ellas.

Después Miguel Ángel Arribas hablará de este mismo tema pero orientado hacia los candidatos al sacerdocio. Él es director espiritual del Seminario Diocesano de Madrid. Tiene también sobrada experiencia en ello ya que desde hace muchos años, como ahora nos contará, organiza experiencias de misión con seminaristas durante el período de las vacaciones de verano. Se trata de algo muy necesario en la formación de los seminaristas, pero también delicado y tiene que ser realizado con las debidas cautelas. Su intervención puede arrojar mucha luz sobre cómo organizar estas experiencias.

Por último, salimos del ámbito más estrechamente eclesial para adentrarnos siquiera un poco en el amplio y complejo mundo de los medios de comunicación social. Nos ayudará para ello José Francisco Serrano, periodista y Decano de la Facultad de Medios de Comunicación de la

Universidad CEU San Pablo. Es una inquietud que va cobrando mucha fuerza en los últimos años en las delegaciones diocesanas de misiones ver la manera de hacer más presente el mundo misionero en los medios de comunicación, ya que es uno de los rostros más genuinos y atractivos de la Iglesia. No podrá abarcar todo lo que quisiera decir en esta breve comunicación pero seguro que resultará de gran interés por la sensibilidad que todos tenemos hacia ello.

Sin más, les dejo hablar a ellos y os invito a que nos dejemos animar con sus aportaciones.



II

Animación misionera a los sacerdotes

MIGUEL ÁNGEL MELGAR VILLA
*Vicario episcopal para el Clero
de la Diócesis de Valladolid*

Ofrezco mi aportación desde mi experiencia como sacerdote diocesano en misión durante tres períodos con contratos OCSHA, y actualmente Delegado para el Clero y cura rural en mi propia diócesis de Valladolid.

El objetivo que deseo compartir es resaltar la importancia de los sacerdotes en misión que vuelven a ejercer su ministerio en su diócesis de origen para la animación misionera de los sacerdotes de su propio presbiterio y así este sienta la labor misionera que han realizado como misión diocesana.

1. El sacerdote diocesano en misión y su vivencia de la fraternidad presbiteral

La experiencia misionera se quiere vivir con una auténtica conciencia de envío de la propia Iglesia particular, de la que el propio presbiterio sea también consciente.

La llamada a la misión es un don, una gracia, no tanto para el sacerdote cuanto para la propia Iglesia particular.



Es un carisma para la comunidad diocesana. Para que esta Iglesia se sienta enriquecida con la realización de este don, se ofrece un miembro del propio presbiterio.

Tratamos ahora de los sacerdotes diocesanos y son ellos mismos los que deben reconocer como propio del presbiterio el envío de uno de sus miembros.

Es importante la conciencia clara del envío. Como curas diocesanos nos ofrecemos a nuestra Iglesia particular para que ella realice su compromiso misionero. El presbiterio debe tomar conciencia también de que el hermano presbítero que va a la misión no va desde un proyecto personal, sino desde una misión diocesana, como la que tiene cualquier otro miembro del presbiterio.

En la práctica esto no es tan fácil. Para ello los sacerdotes en misión que retornan por un tiempo, o definitivamente, pueden ofrecer una aportación para la animación misionera de los compañeros sacerdotes. Deben vivir, sentir y valorar gozosamente la «íntima fraternidad sacerdotal» con sus hermanos en el presbiterio donde estén realizando su ministerio.

1.1. Desde la misión

La vivencia de fraternidad presbiteral experimentada en la iglesia de origen se mantendrá en la nueva iglesia a que ha sido enviado. No hay misión si no es en fraternidad.

1.1.1. La comunicación frecuente con los miembros del propio presbiterio

Desde la comunicación continuada con los compañeros de la propia generación se puede transmitir una preocupación

misionera al propio presbiterio. Las noticias de la experiencia personal en misión generarán una preocupación y hasta un compromiso con la tarea misionera. «Todos los sacerdotes deben tener un corazón y una mentalidad misionera» (RM 67).

1.1.2. Una experiencia: la misión regional del Duero en Piura (Perú)

Es una experiencia vivida en la Región del Duero desde los años 80. Este compromiso regional es fruto de los proyectos pastorales conjuntos que las diócesis de la región venían realizando desde 1968. La fraternidad apostólica fue uno de los acentos prioritarios que se cuidaron dentro de lo que se vino a denominar el «espíritu de Villagarcía». Dentro de este dinamismo eclesial surge el compromiso misionero que va a calar prioritariamente en el grupo de sacerdotes rurales de la región.

Los sacerdotes que se comprometen en la misión regional normalmente son miembros de fraternidades apostólicas rurales. Siempre se ha cuidado la relación entre el equipo en misión y los grupos de sacerdotes rurales de la región. Los que vienen de vacaciones desde la misión cuidan de que su estancia coincida con reuniones de los curas rurales. Y en todas las reuniones de los curas rurales siempre hay una carta colectiva para los que están en la misión.

Es un modo de plasmar vivencialmente la animación misionera de los sacerdotes. Todos deben sentirse misioneros, ya sea en la misión o en sus propias diócesis.

1.1.3. La integración y comunión con el presbiterio del lugar

Es una tarea fundamental. La conciencia de que el ministerio no se puede realizar en solitario, ya alimentada



en la iglesia de origen, te lleva considerar a los sacerdotes del lugar como los primeros y mejores amigos. Esto supone dejarte llevar por el dinamismo del presbiterio, priorizar las reuniones y encuentros sacerdotales.

En la *Fidei donum*, el papa Pío XII ya nos decía: «Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia, que los recibe con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del Obispo» (n. 139).

1.2. Tarea en el propio presbiterio

La animación misionera pasa por todos los ámbitos donde se planifica y desarrolla la tarea pastoral de los presbíteros. Encuentros y reuniones de formación permanente, arciprestazgo, zona, equipos pastorales.

1.2.1. Vinculación del grupo pastoral con los que están en misión

Los sacerdotes diocesanos en misión han participado en algún grupo pastoral, arciprestazgo o zona, y para la animación misionera debe cuidarse la vinculación de este grupo con el que está en misión. Puede hacerse a través de la comunicación de noticias y a veces puede tratarse de apoyos en proyectos pastorales.

1.2.2. Reconocimiento de la misión como «envío diocesano»

La comunicación puede enriquecer el aliento misionero, pero sobre todo el reconocimiento de la tarea misionero-

ra de un hermano del presbiterio como misión diocesana. El hermano sacerdote que está en misión no se encuentra realizando un proyecto personal, sino que tiene una tarea diocesana en la misión y en comunión con el propio presbiterio de origen.

2. Momento actual en nuestra Iglesia: el testimonio misionero en el presbiterio

La inserción de los sacerdotes misioneros en la propia diócesis debe aprovecharse como una gracia para la animación misionera de los sacerdotes.

2.1. Cultivo de la espiritualidad sacerdotal

De hecho, los sacerdotes diocesanos venidos de la misión están dando un testimonio como apóstoles orantes. A la hora de la evangelización en la misión hay que pasar por muchas situaciones conflictivas, marcadas por la cruz y a favor del Reino, que se convierten en tiempos de gracia para el misionero. Es la hora de la identificación con «la pasión y muerte del Señor para participar de su resurrección» (*Flp* 3, 12). El espacio donde se vive esta experiencia es la oración, la contemplación. En la misión encontramos sacerdotes que han descubierto la veta mística que ha alimentado su compromiso evangelizador.

Estos sacerdotes, a la hora de compartir la misión pastoral con su propio presbiterio, pueden transmitir vivencialmente este espíritu contemplativo en convivencias y encuentros pastorales. Hoy en las reuniones sacerdotales



se cuidan más los momentos de oración comunitaria. Si esta oración está precedida por espacios contemplativos personales, se garantizará el cultivo de la propia espiritualidad sacerdotal como apóstoles. Sin duda que el testimonio de hermanos sacerdotes irá creando un clima favorable para ello.

2.2. Animación de la fraternidad sacerdotal

Otro aporte importante de los sacerdotes misioneros a su propia Iglesia es la experiencia de fraternidad vivida en la misión. En la misión normalmente se comparte vida y trabajo apostólico en fraternidad. Esta experiencia puede servir de aliento en los grupos apostólicos, arciprestazgos y reuniones de formación permanente.

La animación misionera debe tener en cuenta esta dimensión de la fraternidad. Ser misionero no es ser un francotirador, sino un creador de comunión, un apóstol marcado por el *amoris officium*.

Ha de alentarse todo lo que sea crear comunión y fraternidad. Una experiencia válida para esto: en una diócesis, cuando un sacerdote misionero viene de vacaciones la Delegación de Misiones prepara una convivencia de todos los sacerdotes que han estado en misión con el que ha venido.

2.3. Disponibilidad misionera y servicio a los pobres

La opción por la misión es una opción evangélica por el seguimiento radical del Señor (PDV 27). Supone un estilo

de vida evangélica, en pobreza, para estar más cerca de los pobres.

A la hora del retorno a la propia diócesis esto se traduce en disponibilidad ante el obispo para el servicio pastoral en sectores o lugares menos apreciados. Se puede constatar en distintas diócesis que sacerdotes misioneros incorporados a ellas ahora se encuentran en el medio rural.

2.4. Dinamismo pastoral ante un mundo en profundo cambio

Para que nuestra tarea evangelizadora responda a esta nueva situación de cambio necesitamos testigos con capacidad creativa, en la línea que nos indica la PDV 72: «La caridad pastoral empuja y estimula al sacerdote a conocer cada vez mejor la situación real de los hombres, a quienes ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio».

Los misioneros han tenido que estar atentos a la realidad para adaptarse a otras culturas y han ejercido su ministerio en corresponsabilidad con laicos del lugar. Ante las realidades nuevas que nos toca vivir hoy, su experiencia apostólica compartida puede ser una inyección alentadora para descubrir los signos de los tiempos actuales y responder con sabiduría misionera.

Y concluyo con un consejo para los misioneros que nos hemos incorporado a nuestras diócesis. No nos entretengamos en contar «cosas» de la misión, sino que vivamos apostólicamente en nuestra Iglesia lo que hemos recibidos de la misión, junto a nuestros hermanos del presbiterio.



III

La experiencia de misiones en la etapa de formación de un seminarista

MIGUEL ÁNGEL ARRIBAS SÁNCHEZ

Director espiritual del Seminario diocesano de Madrid

1. La experiencia vivida

De forma ininterrumpida, en los últimos veinte años, el Seminario Conciliar de Madrid ha ido enviando algún seminarista, durante los meses de verano, a tierra de misión. La experiencia ha sido variada. Como nota general, resultó positiva. En algún caso, dura y complicada. La situación vocacional del seminarista y la realidad del sacerdote misionero que le acogía han sido claves para determinar lo positivo y lo negativo de cada caso.

Ha sido enriquecedora porque, a casi todos ellos, les ha ayudado a madurar su vocación, a tomar conciencia de «ser Iglesia universal», a trabajar en equipo, a evangelizar en la calle o casa por casa, a vivir muy en la provisionalidad material y a dedicarse de manera preferente a los más pobres.

De los que fueron, la mayor parte hoy son sacerdotes jóvenes de esta Archidiócesis y mantienen viva su llama misionera, tanto en su interior como en el trabajo pastoral que desarrollan en la parroquia donde están destinados. Alguno de ellos se ha planteado en firme la posibilidad de pasar unos años de su ministerio o ya han sido enviados a tierras de misión.



Quienes ya han sido enviados están prestando este servicio apostólico en diócesis de misión y de escaso clero.

En nuestras diócesis hermanas de Getafe y Alcalá de Henares hay también varios sacerdotes jóvenes que estuvieron en el grupo misionero del Seminario y que ahora prestan su ministerio presbiteral en Perú, Bolivia o Japón, por ejemplo.

2. ¿Por qué ir o enviar un seminarista a tierra de misión durante el verano?

La razón fundamental es la misma que señala el Papa en PDV 57 en el objetivo de la Formación Pastoral: «Prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor... Deben prepararse para el ministerio del Pastor: para que sepan representar delante de los hombres a Cristo que “no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida para la redención del mundo” (Mc 10, 45), y hechos servidores de todos, ganar a muchos (cf. 1 Co 9, 19)».

Se podría decir: ¡Esto ya lo hacen en España, en cada diócesis o parroquia, incluso en tareas pastorales más de frontera, aquí, durante el verano! Cierto. Por tanto...

3. ¿Qué añade la experiencia pastoral misionera a la formación pastoral «ordinaria» de un seminarista?

Objetivos

Desprenderse durante dos o tres meses de su ambiente habitual de verano: familia, amigos, parroquia, tareas pas-

torales conocidas... para adentrarse en un campo de evangelización muy distinto: país, realidad humana, social, eclesial, cultural... muy diferente.

Madurar humanamente en medio de una serie de situaciones difíciles, pobres, sin recursos, con mucha cercanía de la gente, en un trato tú a tú muy directo con cada persona, con un conocimiento inmediato de su realidad, con una implicación fuerte en sus gozos y esperanzas, problemas y angustias..., sin el refugio fácil de una parroquia ya estructurada, como suele darse en una gran ciudad.

Abrirse a la Iglesia Universal, con el conocimiento cercano de otras realidades eclesiales, otro modo de ser diócesis, con la frescura y vitalidad de las Iglesias jóvenes del Tercer Mundo, con las numerosas carencias en medios materiales y en formación de agentes de pastoral, pero con una fuerza y empuje evangelizador del que, muchas veces, aquí carecemos.

Trabajar en equipo con el misionero que acoge, con los agentes de evangelización que allí están participando de continuo o con otros misioneros laicos que también puedan ir desde aquí, desde España. Esto le ayudará a valorar mucho más: el trabajo conjunto con laicos, el aspecto comunitario de la tarea evangelizadora, el saber adaptarse a los ritmos de otras personas, el adaptarse a la planificación de iniciativas pastorales pensando cómo se puede llevar adelante entre todos, y no por la «genialidad» de uno, por «muy» seminarista que sea.

Convivir codo con codo con un sacerdote diocesano misionero, que vive su ministerio cargado de la fuerza del Espíritu, de empuje evangelizador, con entrega total de su vida, sabiendo compaginar el ser muy hondo en la contemplación y muy contemplativo en la acción. Posiblemente



un misionero que arriesga su vida por estar al lado de los pobres y defender sus derechos ante potentados y políticos.

Profundizar en la experiencia de Dios, desde la fidelidad a la oración personal y la Liturgia de las Horas, la eucaristía diaria y la adoración del Santísimo Sacramento, la *lectio divina* y la oración mariana, en medio de días agotadores de trabajo, junto a situaciones de sufrimiento y pobreza, sin perder la alegría y las ganas de seguir llevando a Jesucristo a esas personas hambrientas de pan, y de Palabra y eucaristía.

Crecer en el valor de la austeridad en la comida y el vestido, de la exigencia personal, la disciplina y el aprovechamiento del tiempo, del trabajo callado y anónimo.

Tomar conciencia de cómo vivir en el futuro su ministerio desde la *opción preferencial por los pobres*, desde el servicio a los que sufren o son más débiles, a los emigrantes o enfermos, procurando que el pobre se sienta en la comunidad cristiana como en su propia casa (NMI 51).

Aprender en vivo y en directo que *la misión esencial* de la Iglesia es *la evangelización*. Ella existe para evangelizar. Es su razón de ser más profunda (EN 14). Aprender en la práctica concreta y diaria cómo anunciar el Evangelio, desde la confianza plena en la acción del Espíritu Santo, a personas que tienen hambre de Dios pero no conocen nada o casi nada de Jesucristo.

4. Criterios para que un seminarista pueda realizar una experiencia misionera durante el verano

En principio es preferible que la *iniciativa* surja del propio seminarista, rugientemente contrastada con su forma-

dor o su rector para que se vean con claridad las motivaciones de ese deseo de la experiencia.

En algunos casos es bueno que *lo proponga el formador* o el rector a ese seminarista al cual, por las razones señaladas en el apartado anterior, le podría venir bien para su madurez vocacional y la consolidación en su identidad como pastor de la Iglesia.

Siempre es necesario que *sea el Seminario quien elige el lugar* donde se debe enviar al seminarista, para que el sacerdote misionero que acoge, acompaña, sostiene, orienta y contrasta la experiencia sea *un pastor de honda vivencia de todas las dimensiones de su ministerio*: humana, espiritual, eclesial, comunitaria, pastoral.

Es bueno garantizar un *mínimo de estabilidad social y política* en el país y la zona donde se va a realizar la experiencia, así como un mínimo, sin perder la pobreza, de infraestructura en vivienda y alimentación.

Ha de ir en una *actitud de verdadero aprendiz*. No es tanto lo que va a dar cuanto lo que va a recibir. Ha de saber desprenderse de sus ideas preconcebidas. Su eficacia, su ritmo europeo, su prepotencia teológica (sin dejar de poner al servicio de la evangelización sus conocimientos de teología y catequesis), etc., deben abajarse al máximo, para ponerse al nivel de la gente más sencilla, siendo siempre obediente a las indicaciones del sacerdote que le acoge.

Según la situación social y pastoral de la zona, y después de escuchar al sacerdote que acoge, puede ser bueno que vaya *con un grupo de laicos misioneros*, bien preparado desde España: cristianos jóvenes con verdadera experiencia de fe, vida de oración y eucaristía, que participan aquí, asiduamente, en parroquias o movimientos, y sienten con el «sentir» de la Iglesia.



Es preferible que el seminarista sea de los *cursos superiores* (4.º-6.º de formación), para que el desarrollo de su formación y su proceso vocacional estén mínimamente consolidados (pero en cada caso el formador y el rector verán lo que es más conveniente). También es preferible que vayan juntos dos o tres seminaristas al mismo lugar, porque se ayudan mucho entre sí.

5. Grupo de misiones dentro de la formación integral en el seminario diocesano

5.1 El seminario, escuela de misión: objetivos del grupo misionero

- Sembrar de continuo la inquietud misionera en los seminaristas.
- Crear un clima de ayuda mutua, capacidad de compartir, búsqueda de lo que Dios quiere de cada uno..., entre los seminaristas con inquietud misionera.
- Ofrecer con frecuencia el testimonio de sacerdotes misioneros de paso por España.
- Fomentar la lectura de documentos, libros y revistas de orientación misionera.
- Mantener contacto por correo ordinario y por correo electrónico con los misioneros de la diócesis, en especial con motivo de Navidad y Pascua.
- Discernir la conveniencia de una experiencia misionera en verano.

5.2. Algunos textos de la Iglesia sobre la dimensión misionera del sacerdote diocesano

- «A través de la experiencia inicial y progresiva en el ministerio, los futuros sacerdotes podrán ser introducidos en la tradición pastoral viva de su Iglesia particular; aprenderán a abrir el horizonte de su mente y de su corazón a la dimensión misionera de la vida eclesial; se ejercitarán en algunas formas iniciales de colaboración entre sí y con los presbíteros a los cuales serán enviados» (PDV 58).
- «Los profesores de los Seminarios y de las Universidades expondrán a los jóvenes la verdadera situación del mundo y de la Iglesia, para que aparezca ante ellos y aliente su celo la necesidad de una más intensa evangelización de los no cristianos» (AG 39).
- «Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad de misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más lejanos y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera» (ReMi 83; cf. PDV 32).
- «Recuerden, pues, los presbíteros que deben llevar en su corazón la solicitud por todas las Iglesias. Por tanto, los presbíteros de aquellas diócesis que son más ricas en abundancia de vocaciones, muéstrense de buen grado dispuestos, con permiso o por exhortación de su propio Obispo, a ejercer su ministerio en regiones, misiones u obras que padecen escasez de clero» (PO 10; cf. PDV 32).



- «La dedicación y el servicio de los presbíteros diocesanos a la Iglesia se realiza y concreta en su pertenencia a una Iglesia particular con la que se vincula por la incardinación [...], dedicándose en cuerpo y alma al cuidado pastoral de esa porción del pueblo de Dios, asumiendo lealmente las orientaciones del propio Obispo y estando dispuestos, dentro de sus posibilidades, a prestar con generosidad su ministerio, y con el mismo amor, en otras iglesias particulares más necesitadas, en comunión con toda la Iglesia» (PFS 23).

IV

Principios de comunicación organizada

JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA
Universidad CEU San Pablo

1. Algunos principios acerca de la comunicación en la Iglesia

La estructura de la comunicación en la Iglesia se organiza en función de un conjunto de elementos articulados –órganos y medios–, de entre los que hay que destacar, en primer lugar por su capacidad integradora, el Plan de pastoral en comunicación, desde los diversos niveles de gestión de la comunicación. El Plan pastoral asume técnicamente las líneas que definen un Plan de comunicación, de naturaleza estratégica, pues la más grana estrategia en la Iglesia es la pastoral. Ante todo debe existir una coordinación sinfónica en los principios, destinada a una mayor eficacia pastoral. La comunicación no es un ámbito aislado de la acción de la Iglesia. La comunicación debe estar presente en todas y cada una de las actividades de las diócesis.

La Instrucción pastoral del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales *Aetatis novae* nos recuerda –abundando en lo ya apuntado en el número 134 de la Instrucción pastoral *Communio et Progressio*– que «las diócesis y las Conferencias o asambleas episcopales procuren que la problemática de los medios de comunicación



social sea abordada en todos sus planes pastorales. Conviene que redacten planes pastorales dirigidos especialmente a los medios de comunicación social, o que examinen y actualicen los planes ya existentes, para que se mantenga un proceso permanente de revisión y puesta al día. [...] Cada Conferencia episcopal y cada diócesis deben elaborar un plan pastoral completo sobre las comunicaciones, preferentemente consultando tanto a representantes de organismos católicos internacionales y nacionales de medios de comunicación social como a profesionales de medios locales. Además, sería necesario que en los otros planes pastorales, incluidos los que conciernen al servicio social, a la educación y a la evangelización, se tenga en cuenta, en su elaboración y realización, lo que afecta a las comunicaciones sociales» (nn. 20-23).

Las directrices para la elaboración del necesario Plan pastoral de medios de comunión social, en la Iglesia diocesana y en cada una de las Instituciones, organismos y asociaciones de la Iglesia, aparecen reseñadas en el anexo de la ya citada *Aetatis novae*. La intervención y coordinación de los procesos de comunicación deben responder a unas pautas que nacen de una investigación previa de las necesidades comunicativas; una planificación de las acciones, unos marcos de ejecución y un proceso de evaluación. Sería necesario siempre, en un Plan pastoral integral de comunicación, que se establezcan las líneas convergentes de un diálogo evangelizador con el mundo de la cultura y de las comunicaciones sociales, en el contexto de la necesaria transmisión de la fe a la sociedad de nuestros días. La pretensión de remediar tanto las políticas coyunturales como las acciones fragmentarias tendría como base una reflexión orgánica de lo que es y supone la comunicación para la Iglesia,

desde una necesaria teología de la comunicación y sus medios, a partir de las clásicas acciones de la Iglesia —*Diakonía, Liturgia y Koinonía*— y de la complementariedad de los modos de comunicación que emanan de los documentos del Concilio Vaticano II: institucional, sacramental, de comunión, de anuncio y secular-dialógico.

2. La comunicación institucional

Las peculiaridades de cada institución, en este caso las Obras Misionales Pontificias y las Delegaciones de misiones, hacen que resulte imposible definir con precisión unas directrices comunes para estructurar el Plan de comunicación institucional. No obstante, el análisis del sistema de comunicación institucional de cualquier organización puede apuntar una serie de conclusiones sin duda extrapolables.

En líneas generales se pueden enunciar los siguientes *principios de la comunicación institucional*:

- De la credibilidad de la institución depende su aceptación social.
- Es necesario trabajar con previsión y anticipación; todo debe estar preparado antes de que se produzca el problema concreto.
- Transparencia: no podemos engañar.
- Siempre es necesario tomar la iniciativa.
- Es muy importante contar con el elemento interno como transmisor de la imagen: necesidad de segmentar acciones, medios y canales; tener en cuenta las actitudes y percepciones.



– El apoyo de quien toma decisiones «políticas» debe estar además acompañado de una aceptación general por parte de los miembros de la institución.

– Existen muchas necesidades y muchos recursos que, no obstante, deben utilizarse de una forma planificada para que puedan resultar eficaces.

– Nos quejamos de las técnicas de comunicación masiva y, sin embargo, las utilizamos siempre. Estamos viendo que en muchos casos son ineficaces.

La definición de los *objetivos de comunicación* de las instituciones es la primera tarea. Estos objetivos de comunicación, que consideramos deben estar presentes en cualquier Plan de comunicación, adquieren su principal trascendencia al responder a una serie de necesidades comunicativas sin duda compartidas por una gran cantidad de instituciones:

– Necesidad de superar la falta de planificación.

– Comunicar los datos novedosos, las visitas novedosas, cualquier novedad experimentada por la institución.

– Desarrollar en el ámbito interno un concepto de identidad que pueda ser proyectado al exterior con resultados positivos desde el punto de vista de la imagen.

Para diseñar, planificar y desarrollar políticas de comunicación realistas y acordes con los objetivos de la institución, es necesario contar con *una estructura comunicativa* que haga de los flujos comunicativos un hilo del que se puedan servir las más modernas técnicas de gestión:

1. Es difícil que cualquier organización consiga satisfacer las necesidades particulares y sociales que motivan su existencia sin apelar a la colaboración activa de cada uno de los elementos humanos que la componen o que interactúan con ella.

2. Es precisamente por este motivo por el que la comunicación adquiere una trascendencia incuestionable, al constituirse como un factor determinante para la coordinación de los conocimientos, las actitudes, las voluntades y los sentimientos de cada uno de los miembros –considerados individual o colectivamente– de las organizaciones y de los grupos relacionados con ellos directa o indirectamente.

3. Propuestas

La consolidación de una estructura de comunicación capaz de satisfacer las demandas de comunicación de la institución precisa de la realización de las siguientes tareas:

3.1. Canalizar los flujos de información

Es importante que los recursos asignados a la estructura de comunicación permitan realizar el seguimiento de la información que se difunde desde los órganos de dirección en los diferentes ámbitos. Parece necesario en este sentido rentabilizar los diferentes canales, incluso los más avanzados tecnológicamente, que en la actualidad se encuentran disponibles, como es el caso del correo electrónico. Los *dossiers* de prensa elaborados por la Comisión Episcopal de Medios o por diversos arzobispados pueden ser una buena muestra.

3.2. Servicio de información reconocible

Integrar los distintos departamentos que trabajan en la elaboración de soportes informativos. El objetivo es facili-



tar la accesibilidad de los demandantes de información por medio de una estructura única e identificable de puntos de información que pueden proporcionar datos concretos o remitir al interesado a la fuente más adecuada. La Delegación de misiones debe tener un interlocutor claramente identificado para los medios. Puede hacerse a través de la Delegación diocesana de medios, o servicio similar, de la diócesis, o con estructura propia.

3.3. Publicidad de los medios y las acciones comunicativas

Resulta importante dar una adecuada publicidad a los diferentes servicios o canales de información disponibles (medios regionales y locales, gratuitos, prensa en Internet, etc.). Para ello es indispensable tener en cuenta los siguientes aspectos:

Analizar diariamente los principales periódicos con especial detenimiento en aquellas noticias que puedan afectar a las misiones.

Mantener el contacto con los diversos medios de comunicación, tanto por medio de notas de prensa (ver el anexo), como por el contacto directo con los responsables, de modo que se pueda recurrir a ellos cuando se juzgue necesario y a su vez, ellos, puedan acceder a la Delegación de misiones en solicitud de datos y orientación.

Enviar regularmente todo tipo de información que se realice: revistas, informes no reservados, descripción y características de actividades, estadísticas, etc., a los medios de comunicación, principalmente a los periodistas especializados en ese campo. Son fundamentales las campañas habituales que, quizá, se diseñan más internamente y no se diseñan

con una perspectiva pública y mediática. Cada campaña enviada desde las OMP o desde la CEE debería estar acompañada por un breve y práctico plan de comunicación de la campaña y de relaciones con los medios.

Tener conocimiento e información de los diversos órganos de opinión regionales y locales, de las personas que los integran, de sus posiciones, de sus intereses, así como de su esfera de influencia, y de sus reacciones habituales.

Difundir a través de los medios de comunicación de ámbito local, comarcal y regional noticias remitidas por la prensa o por la empresa.

Diseño, desarrollo y convocatoria de ruedas de prensa, cuando se considere necesario.

Elaboración, diseño y gestión de publicaciones internas o externas.

3.4. Trato con los profesionales de la comunicación

No debemos olvidar que se deberá dar mucha importancia a los canales personales, de gran efectividad para contribuir a la satisfacción, motivación e integración del personal. Dentro de esta línea, es importante dedicar una gran atención al periodista. Una obligación evangélica sería hacerse amigos de los periodistas.

3.5. Identidad visual

Definición de una identidad visual más adecuada para su utilización en los diferentes soportes. Cuidar la imagen.



La definición de la identidad exige una reflexión previa sobre la naturaleza de la institución y los fines y procedimientos que constituyen su personalidad. Lograda esta identidad en el ámbito interno, se proyectará al exterior con gran facilidad.

Anexo: ¿Cómo se redacta una nota de prensa?

Características de la nota de prensa:

- Debe obedecer a un hecho noticiable de actualidad.
- Vida útil breve y concreta.
- Claridad y concisión en los mensajes.
- Sin información redundante, antigua o inútil.
- Lenguaje accesible al lector.
- Sin adjetivos.
- Fuente fiable y datos contrastables.
- Declaraciones, si son relevantes y aportan información de valor para el hecho noticiable.

Elementos de una nota de prensa:

1. Titular
2. Lugar y fecha de edición
3. Cuerpo del comunicado
4. Información básica de la entidad que promueve la información
5. Datos de contacto

1. Titular

El titular o encabezado es la frase destacada que se coloca en primer lugar en la nota de prensa. Esta frase tiene que presentar, de una forma resumida, clara e impactante, la información más importante que se quiere transmitir al periodista. Depende del titular que la nota de prensa cumpla con mayor éxito su función, ya que si su construcción es larga, confusa y sin interés, probablemente no se le atiende con la debida atención, aunque la información del cuerpo del comunicado sea relevante para el lector.

Es recomendable que el titular se distinga desde su tipo de letra: tendrá un tamaño mayor, estará en negrita y centrado con respecto al cuerpo del texto.

2. Lugar y fecha de edición

Se trata de indicar al periodista el lugar donde se originó la información, así como de destacar el momento en el que fue emitida.

3. Cuerpo del comunicado

En este espacio de la nota de prensa se coloca toda la información que ha dado lugar a la creación de este documento de una forma ordenada. Aunque aquí se puede extender la exposición del tema, sigue siendo conveniente mantener un estilo claro y conciso, mediante la utilización de frases cortas que conformen párrafos de hasta seis líneas. La economía de palabras se convierte en un reto: hay que aprender a decir más con menos, a resumir sin dejar nada fuera. La nota de prensa guarda relación con la nota



periodística en su construcción y forma, pero no necesariamente en el fondo. Por su parentesco en forma, algunos consejos de la nota periodística pueden servir para el comunicado. Como la utilización de *las 5 W*: *What?* (¿Qué?) - *Who?* (¿Quién?) - *When?* (¿Cuándo?) - *Where?* (¿Dónde?) - *Why?* (¿Por qué?).

Asimismo, el cuerpo del comunicado debe seguir el mismo orden establecido en el titular del comunicado, es decir, el primer párrafo deberá dedicarse al tema principal y los siguientes a lo destacado por los subtítulos. Normalmente, para establecer el orden lógico del mensaje en las notas de prensa se aconseja la pirámide tradicional. Es decir, comenzar por lo más importante del tema, dejando información relevante para los párrafos subsecuentes. Aunque el lenguaje de la nota de prensa pueda determinarse desde el titular, es en el cuerpo del comunicado en el que se hace la personalización del mensaje, dependiendo del público al que va dirigido.

4. Información básica de la entidad que promueve la información

Conocido en su término en inglés como «*boiler plate*», es una información que expone brevemente el nombre, dirección de página web, origen... Colocado después del cuerpo del comunicado, suele escribirse en un tipo de letra diferente y a un menor tamaño para diferenciarlo.

5. Datos de contacto

Como ya se ha destacado anteriormente, la nota de prensa debe ayudar al periodista a hacer su trabajo, por lo

que siempre hay que ofrecer un vínculo para solventar cualquier necesidad que pueda surgir para aclarar dudas, completar información u obtener otro tipo de apoyos para su mejor difusión en los medios.

Los datos de contacto incluyen:

1. Nombre
2. Cargo
3. Teléfono
4. Fax
5. Correo electrónico
6. Página web (si la hubiera)

Una respuesta oportuna y ágil de la petición de un periodista ayuda de manera importante para que la información promovida por la nota de prensa sea mejor considerada y con mayores posibilidades de ser incluida por los medios.

Cabe resaltar que siempre es importante, como parte de la gestión de medios, un seguimiento constante –que no agobiante– de la información a los periodistas.

Apéndices

Mi

I

Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008

BENEDICTO XVI

Queridos hermanos y hermanas,

Con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones quisiera invitaros a reflexionar sobre la urgencia persistente de anunciar el Evangelio también en nuestro tiempo. El mandato misionero continúa siendo una prioridad absoluta para todos los bautizados, llamados a ser «siervos y apóstoles de Cristo Jesús», en este inicio de milenio. Mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, ya afirmaba en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* que «evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda» (n. 14). Como modelo de este empeño apostólico, deseo proponer especialmente a san Pablo, el Apóstol de las gentes, ya que este año celebramos un Jubileo a él dedicado. Es el Año Paulino, que nos ofrece la oportunidad de familiarizarnos con este insigne apóstol, que recibió la vocación de proclamar el Evangelio a los gentiles, de acuerdo con lo que el Señor le había anunciado: «Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles» (*Hch* 22, 21). ¿Cómo no aprovechar la oportunidad que este año jubilar ofrece a las iglesias locales, a las comunidades cristianas y a cada fiel, para llevar hasta los confines del mundo el anuncio del Evangelio,



fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree?
(*Rm* 1, 16).

1. La humanidad tiene necesidad de liberación

La humanidad tiene necesidad de ser liberada y redimida. La creación misma sufre —dice san Pablo— y alimenta la esperanza de entrar en la libertad de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 19-22). Estas palabras son verdaderas también en el mundo de hoy. La creación sufre. La humanidad sufre y espera la verdadera libertad, espera un mundo diferente, mejor, espera la «redención». Y, en el fondo, sabe que este mundo nuevo esperado implica un hombre nuevo, implica «hijos de Dios». Veamos más de cerca la situación del mundo de hoy. El panorama internacional, si por una parte ofrece perspectivas de desarrollo económico y social prometedoras, por otra presenta a nuestra atención algunas graves preocupaciones en lo que se refiere al futuro del hombre. En no pocos casos, la violencia marca las relaciones entre los individuos y los pueblos; la pobreza oprime a millones de habitantes; las discriminaciones y, a veces, las persecuciones por motivos raciales, culturales y religiosos empujan a muchas personas a huir de sus países para buscar en otros lugares refugio y protección; el progreso tecnológico, cuando su finalidad no es la dignidad ni el bien del hombre, ni ordenado a un desarrollo solidario, pierde su potencialidad de factor de esperanza y, más bien, corre el riesgo de agudizar desequilibrios e injusticias ya existentes. Existe, además, una amenaza constante en lo que se refiere a la relación hombre-ambiente, debido al uso indiscriminado de los recursos, con repercusiones sobre la misma salud física y mental del ser humano. El futuro del hombre

está amenazado por los atentados a su vida, que asumen varias formas y modalidades.

Ante este escenario, sentimos el peso de la inquietud, atormentados entre angustias y esperanzas (cf. Const. *Gaudium et Spes*, 4), y nos preguntamos con preocupación: ¿qué será de la humanidad y de la creación?, ¿hay esperanza para el futuro, o mejor, hay un futuro para la humanidad?, ¿cómo será es este futuro? La respuesta a estos interrogantes nos viene, a nosotros, los creyentes, del Evangelio. Cristo es nuestro futuro y, como he escrito en la Carta encíclica *Spe salvi*, su Evangelio es la comunicación que «cambia la vida», da la esperanza, abre de par en par la puerta oscura del tiempo e ilumina el futuro de la humanidad y del universo (cf. n. 2).

San Pablo había comprendido muy bien que sólo en Cristo la humanidad puede encontrar redención y esperanza. Por ello entendía, de modo imperativo y urgente, la misión de «anunciar la promesa de la vida en Cristo Jesús» (2 *Tm* 1, 1), «nuestra esperanza» (1 *Tm*, 1, 1), para que todas las gentes pudieran beneficiarse de la misma herencia y ser partícipes de la promesa por medio del Evangelio (cf. *Ef*, 3, 6). Era consciente de que la humanidad privada de Cristo está «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (*Ef* 2, 12), «sin esperanza porque estaban sin Dios» (*Spe salvi*, 3). Efectivamente, «quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12)» (*Spe salvi*, 27).

2. La Misión es cuestión de amor

Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico. «¡Ay de mí —afirmaba san Pablo— si



no predicara el Evangelio! (*1 Cor 9, 16*). En el camino de Damasco había experimentado y comprendido que la redención y la misión son obra de Dios y de su amor. El amor de Cristo lo condujo a recorrer los caminos del Imperio Romano como heraldo, apóstol y maestro del Evangelio, del que se proclamaba «embajador entre cadenas» (*Ef 6, 20*). La caridad divina hizo que se hiciera «todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (*1 Cor 9, 22*). Contemplando la experiencia de san Pablo, comprendemos que la actividad misionera es respuesta al amor con el que Dios nos ama. Su amor nos redime y nos empuja a la *missio ad gentes*; es la energía espiritual capaz de hacer crecer en la familia humana la armonía, la justicia, la comunión entre las personas, las razas y los pueblos, a la que todos aspiran (cf. *Deus caritas est, 12*). Es Dios, que es Amor, quien conduce la Iglesia hacia las fronteras de la humanidad, quien llama a los evangelizadores a beber «de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios» (*Deus caritas est, 7*). Solamente en esta fuente se pueden conseguir la atención, la ternura, la compasión, la acogida, la disponibilidad, el interés por los problemas de la gente, y aquellas otras virtudes necesarias a los mensajeros del Evangelio para dejarlo todo y dedicarse completa e incondicionalmente a esparcir en el mundo el perfume de la caridad de Cristo.

3. Evangelizar siempre

Mientras continúa siendo necesaria y urgente la primera evangelización en no pocas regiones del mundo, la escasez de clero y la falta de vocaciones afligen hoy a muchas Diócesis y a Institutos de vida consagrada. Es necesario insistir en que, aun en medio de dificultades crecientes, el

mandato de Cristo de evangelizar a todas las gentes continúa siendo una prioridad. Ninguna razón puede justificar una ralentización o un estancamiento, porque «la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14). Misión que «se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio» (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 1). ¿Cómo no pensar aquí en el macedonio que, aparecido en sueños a Pablo, gritaba: «Pasa a Macedonia y ayúdanos»? Hoy son innumerables los que esperan el anuncio del Evangelio, que se encuentran sedientos de esperanza y de amor. ¡Cuántos se dejan interpelar hasta lo más profundo por esta petición de ayuda que se eleva de la humanidad, dejan todo por Cristo y transmiten a los hombres la fe y el amor por Él! (Cf. *Spe salvi*, 8).

4. «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Cor 9, 16)

Queridos hermanos y hermanas, ¡«*duc in altum*»! Naveguemos por las aguas profundas del vasto mar del mundo y, siguiendo la invitación de Jesús, echemos sin miedo las redes, confiando en su constante ayuda. Nos recuerda san Pablo que no es motivo de gloria predicar el Evangelio (cf. *1 Cor 9, 16*), sino deber y gozo. Queridos hermanos obispos, siguiendo el ejemplo de Pablo, que cada uno se sienta «prisionero de Cristo para los gentiles» (*Ef 3, 1*), sabiendo que podrá contar, en las dificultades y en las pruebas, con la fuerza que procede de Él. El obispo es consagrado no sólo para su diócesis, sino para la salvación de todo el mundo (cf. Enc. *Redemptoris Missio*, 63).



Como el apóstol Pablo, está llamado a ir a los lejanos que todavía no conocen a Cristo, o que todavía no han experimentado su amor que libera; su compromiso es hacer que toda la comunidad diocesana sea misionera, contribuyendo con gozo, según las posibilidades, a enviar presbíteros y laicos a otras iglesias para el servicio de evangelización. La *missio ad gentes* se convierte así en el principio unificador y convergente de toda su actividad pastoral y caritativa.

¡Vosotros, queridos presbíteros, primeros colaboradores de los obispos, sed pastores generosos y evangelizadores entusiastas! No pocos de vosotros, en estas décadas, os habéis desplazado a territorios de misión como consecuencia de la Encíclica *Fidei donum*, de la que hace poco hemos conmemorado el L Aniversario, y con la cual mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Pío XII, impulsó la cooperación entre las Iglesias. Confío en que no falte esta tensión misionera en las Iglesias locales, no obstante la escasez de clero que aflige a no pocas de ellas.

Y vosotros, queridos religiosos y religiosas, que por vocación estáis marcados por una fuerte connotación misionera, llevad el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los lejanos, por medio de un testimonio coherente de Cristo y un radical seguimiento de su Evangelio.

Todos vosotros, queridos fieles laicos, que trabajáis en los diferentes ambientes de la sociedad, estáis llamados a tomar parte, de manera cada vez más relevante, en la difusión del Evangelio. Así, se abre ante vosotros un areópago complejo y multiforme que hay que evangelizar: el mundo. Sed testigos con vuestra vida de que los cristianos «pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación» (*Spe salvi*, 4).

5. Conclusión

Queridos hermanos y hermanas, la celebración de la *Jornada Mundial de las Misiones* nos anime a todos a tomar una conciencia renovada de la urgente necesidad de anunciar el Evangelio. Subrayo, con un gran agradecimiento, la aportación de las Obras Misionales Pontificias a la acción evangelizadora de la Iglesia. Les doy las gracias por el apoyo que ofrecen a todas las comunidades, especialmente a las jóvenes. Las Obras son instrumento válido para animar y formar en la responsabilidad misionera al pueblo de Dios, y alimentan la comunión de bienes y de personas entre las diferentes partes del Cuerpo Místico de Cristo. La colecta, que en la Jornada Mundial de las Misiones se hace en todas las parroquias y comunidades sea signo de comunión y de solicitud recíproca entre las Iglesias. En fin, intensifíquese cada vez más en el pueblo cristiano la oración, medio espiritual indispensable para difundir entre todos los pueblos la luz de Cristo, «luz por antonomasia», que ilumina «las tinieblas de la historia» (*Spe salvi*, 49). Mientras confío al Señor el trabajo apostólico de los misioneros, de las Iglesias esparcidas por el mundo y de los fieles comprometidos en diferentes actividades misioneras, invocando la intercesión del apóstol Pablo y de María Santísima, «el Arca viviente de la Alianza», Estrella de la evangelización y de la esperanza, imparto a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 11 de mayo de 2008

Benedicto XVI



II

De la misión de san Pablo a la misión en el tercer milenio*

FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ
Arzobispo de Pamplona-Tudela
Director Nacional de las OMP

1. Introducción: un año paulino

«Queridos hermanos y hermanas, como en los inicios, también hoy Cristo necesita apóstoles dispuestos a sacrificarse. Necesita testigos y mártires como san Pablo; era perseguidor violento de los cristianos, cuando en el camino de Damasco cayó en tierra y, cegado por la luz divina, se pasó sin vacilar al Crucificado y lo siguió sin volverse atrás. Vivió y trabajó por Cristo; por Él sufrió y murió. ¡Qué actual es su ejemplo!»¹.

Con estas palabras, el papa Benedicto XVI anunciaba y justificaba el año paulino, que acabamos de comenzar hace unos días. Son parte de una homilía pronunciada en la Basílica de San Pablo Extramuros, en las primeras vísperas de la solemnidad de san Pedro y san Pablo, del año pasado.

* Conferencia inaugural de la LXI Semana Española de Misionología, Burgos, 7 de julio 2008.

¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en San Pablo Extramuros*, 28.VI.2007.



En esa ocasión, muy cerca de los restos del Apóstol de las gentes, y acompañado también por representantes del Patriarcado ecuménico de Constantinopla, quiso convocar a la Iglesia para un año paulino. Un año para impregnarnos del espíritu apostólico y misionero de san Pablo.

San Pablo jugó un papel muy principal en la primera expansión del cristianismo. Por eso, merece un lugar en estas jornadas dedicadas a la misión de la Iglesia.

2. Cambios en la misión

2.1. El mapamundi de la misión

En el último siglo, el mapamundi de las misiones cristianas ha experimentado un cambio radical. Los viejos esquemas de la misionología, que a principios del siglo XX dividían las naciones entre naciones cristianas y paganas, se han quedado muy viejos. Ya no se pueden colorear religiosamente las naciones, como se hacía, hace años, con cierta ingenuidad, en las clases de religión. ¿Qué color pondríamos hoy a Suiza, a Holanda o, sin ir más lejos, a España? ¿Son naciones evangelizadas? ¿Están iluminadas realmente por el color del Evangelio?

Al inicio del tercer milenio, estamos en una nueva época de misión. Es verdad que todavía es necesaria la misión tradicional en muchos países del llamado «Tercer Mundo»; porque todavía quedan zonas apenas evangelizadas en América o en África. Es verdad que hay que apoyar y atender a muchas necesidades de las llamadas «Iglesias jóvenes» que se han desarrollado con tanta fuerza en estos países. Es verdad que, al inicio del siglo XXI, se presenta, como nunca antes, el reto de las grandes naciones asiáticas,

como la India, la China o el Japón, donde la presencia de la Iglesia, aunque arraigada ya, todavía es casi testimonial. Es verdad que sigue planteado el reto, con más de mil años a cuestas, de la evangelización del mundo musulmán, prácticamente impermeable a la misión cristiana.

Pero junto a estos retos, ha surgido en la historia reciente el gran reto de la misión de la Iglesia en los países de vieja tradición cristiana. Donde esta misma expresión «vieja tradición cristiana», además de un motivo de agradecimiento sincero, señala cuál es el problema: que el cristianismo se ha convertido, en parte, sólo en eso: en una vieja tradición, en un testimonio del pasado, en un recuerdo más o menos amado.

2.2. La vieja tradición cristiana

A veces, ni siquiera amado. Algunos no se sienten cómodos con ese pasado y preferirían prescindir totalmente de sus raíces cristianas, como se ha visto en el debate de la malograda Constitución europea.

Para muchos otros, la expresión «vieja tradición cristiana» apunta sencillamente a algo que pertenece al mundo antiguo. Quizá era bonito en el pasado, pero ya ha perdido su sentido. Como otros elementos tradicionales de la cultura de Occidente: la vida rural, la producción artesanal, el comercio familiar, las familias patriarcales, los quehaceres del hogar, etc. Cosas por las que se puede sentir cierta nostalgia, pero que son formas de vida definitivamente superadas e incluso incompatibles con nuestra sociedad postindustrial. Una sociedad que ha alcanzado unos niveles de vida, de salud, de consumo y de educación incomparables con el pasado. Que se siente mucho más informada, inter-



comunicada, emancipada y plural. Y que, por eso mismo, mira hacia atrás con cierta conciencia de superioridad. Y entonces lo pasado le resulta todavía más pasado, más viejo, más superado.

La cultura nuestra conserva con simpatía los aspectos folclóricos de la tradición cristiana, pero, en muchos casos, se ha vuelto ácida con respecto a su mensaje. Conserva las catedrales, pero no aprecia lo que se dice en sus cátedras. Escucha con gusto la música sagrada, pero no asume su letra. Admira los objetos del culto cristiano, expuestos en los museos, pero no adora al Señor presente en la eucaristía. Celebra alegremente las fiestas patronales, pero no desea aprender de la oración y el ejemplo de los santos. Le interesan las curiosidades y leyendas, pero no le mueven los testimonios de vida cristiana. Y la oferta de entretenimiento se ha llenado de novelas y películas sobre complots en el Vaticano y reconstrucciones fantásticas del cristianismo primitivo.

Muchos están dispuestos a conservar la cáscara del cristianismo, como algo que forma parte de su personalidad histórica, pero no parecen dispuestos a acoger su corazón. Quizá no perciben que todavía palpita, que está vivo; que contiene una fe, una celebración y una caridad, centradas en una persona viva, que es Jesucristo nuestro Señor, resucitado de una vez para siempre. No alcanzan a verlo así, o porque no damos testimonio suficiente los que nos consideramos cristianos o porque ese testimonio queda empañado por los prejuicios anticristianos que ha generado nuestra cultura. O quizá son las dos cosas a la vez.

La buena nueva del Evangelio ya no parece tal en nuestras latitudes. Para muchos, no suena a nueva, sino a vieja. Y, para algunos, tampoco es buena, sino mala. Se han formado una visión oscurecida y negativa del cristianismo, como si hubieran generado un anticuerpo, una sensibili-

dad, una intolerancia. Necesitan demostrarse a sí mismos y demostrar a los demás que, en realidad, no es camino, que no es verdad y que no es vida. A algunos no les basta con quedarse al margen del Evangelio, quieren hacerlo desaparecer de su presencia. Quizá es una manera de superar la incomodidad de no creer, de no participar en los sacramentos o de no vivir la moral cristiana.

2.3. No quedarse en el análisis

No hemos hecho más que esbozar una situación conocida de todos. Y destacando un poco más los aspectos negativos. Habría que introducir también algunos contrastes positivos, de luz, junto a las sombras, para ser justos y reconocidos con los muchos dones que hemos recibido de Dios. Pero hacer justicia a este tema y analizar bien el estado y las causas de esta pérdida de color cristiano, de nuestra descristianización, nos llevaría muy lejos. Habría que recorrer la entera historia reciente, con sus matices nacionales y locales. Y no bastaría juzgar sólo la evolución social, política y cultural de nuestra sociedad. También sería necesario referirse a los profundos cambios de la Iglesia en el período posconciliar, rico en esperanzas y en mejoras, pero también en perplejidades y desalientos. La ignorancia religiosa y la desafección cristiana de nuestros contemporáneos se deben también a nuestras lagunas y defectos.

En todo caso, el diagnóstico del pasado hay que dejarlo en manos de los historiadores. No es nuestra tarea. Incluso podría despistarnos de nuestra tarea. Para orientarnos en el presente, nos basta apreciar los rasgos generales que hemos descrito. Nos basta tomar conciencia de cuáles son los motivos por los que Juan Pablo II, inspirado por los deseos del Concilio Vaticano II, proclamó para este tercer



milenio una nueva evangelización. Una nueva evangelización que, sin olvidar las otras dimensiones de la misión de la Iglesia que hemos recordado, nos advierte que hay una tarea nueva. La misión de reevangelizar, de anunciar el Evangelio como si fuera otra vez nuevo en los países de «vieja tradición cristiana».

Si en lugar de llenarnos de ánimo para emprender las tareas de la nueva evangelización nos entretuviéramos en complejos y discutibles análisis, acabaríamos haciendo verdad lo que, entre bromas y veras, señala un sabio dicho: «Por el análisis a la parálisis».

Además, el análisis cristiano –ver, juzgar y actuar– no comienza mirando lo que hacemos los hombres, sino lo que hace Dios. El punto de partida de la evangelización no es el análisis pormenorizado de la situación actual de la cultura contemporánea, sino la fe en la resurrección de Cristo, que es siempre lo más actual. Más actual y novedoso que ninguna otra cosa que suceda en la historia. La descripción de la situación, las estadísticas de la crisis, pueden darnos alguna pista para orientar la evangelización y, sobre todo, para señalar nos su urgencia. Pero lo que realmente orienta nuestra evangelización es la fe en Jesucristo, en su presencia salvadora y en el valor perenne de aquel mandato que aparece al final del evangelio de san Mateo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes», con esa consoladora conclusión: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 19).

Si san Pablo se hubiera entretenido haciendo el diagnóstico de la situación cultural y espiritual de Corinto, probablemente nunca hubiera predicado allí. Las estadísticas de la práctica religiosa y los estándares de la vida moral de aquel puerto cosmopolita de la Antigüedad eran sin duda peores de lo que pueden serlo en nuestras áreas más des-

cristianizadas. Y otro tanto cabría decir de Atenas, donde, como nos confiesa el propio san Lucas: «Todos los atenienses y los forasteros que allí residían en ninguna otra cosa pasaban el tiempo sino en decir y oír la última novedad» (*Hch* 17, 21). Pero san Pablo obedeció el mandato del Señor: fue y «en medio del Areópago» anunció valientemente al «Dios que hizo el mundo» (17, 24), rechazó los ídolos falsos, y proclamó la resurrección de Cristo.

Dijo a aquellos atenienses: «Dios, pasando por alto los tiempos de la ignorancia –les dijo–, anuncia ahora que *todos y en todas partes* deben convertirse» (*Hch* 17, 30). Esta era su convicción. Quería llegar a «todos y en todas partes». Ya sabemos el resultado de aquella osadía: «unos se burlaron y otros dijeron: “sobre esto ya te oiremos otra vez”». Pero los *Hechos de los apóstoles* nos dicen también que: «algunos hombres se adhirieron a Él y creyeron» (*Hch* 17, 32). Hoy como ayer. El mismo Evangelio, las mismas dificultades, también los mismos logros, que son éxitos de la gracia de Dios, no nuestros.

2.4. La oportunidad de un año paulino

Por eso nos viene bien contemplar el ejemplo de san Pablo. Precisamente lo que quiere promover este año paulino es un cambio de mentalidad. Como hemos leído en las palabras de Benedicto XVI: «como en los inicios, también hoy Cristo necesita apóstoles dispuestos a sacrificarse. Necesita testigos y mártires como san Pablo».

Necesitamos testigos y mártires de Jesucristo, que verdaderamente crean en Él, en la fuerza de su presencia actual, más que en el valor de las estadísticas. Testigos convencidos de la actualidad de Cristo resucitado, del valor



y del poder transformador del Evangelio, y de la bendición de Dios que supone para todos los hombres, especialmente para nuestros contemporáneos. Necesitamos testigos capaces de vencer la atonía interna y la acidez externa. Incluso si esto supone una desventaja social, un peligro de marginación o de burla.

Como hemos dicho, Juan Pablo II, inspirado en los deseos del Concilio Vaticano II, anunció una nueva evangelización para este tercer milenio que comienza. Después de un primer milenio de expansión misional del cristianismo y un segundo milenio de enraizamiento cultural, estamos ante un tercer milenio, que nos plantea este nuevo reto de evangelización y de misión: la evangelización de lo que ya fue evangelizado. Dar a conocer lo que ya fue conocido. Anunciar a nuestros contemporáneos la buena nueva como buena y como nueva.

El tercer milenio tiene que ser también, lo hemos dicho, el milenio de la consolidación de las nuevas Iglesias africanas o de las Iglesia jóvenes americanas. También esperamos que sea el siglo de la expansión cristiana en Asia. Debería ser el milenio del diálogo evangelizador del mundo musulmán. Pero, no lo olvidemos, tiene que ser el milenio de renovar las raíces de nuestra fe, allí donde ha sido aceptada, amada y ha desarrollado sus frutos.

3. Una vocación de Apóstol de las gentes

3.1. Las naciones

San Pablo es, por antonomasia, el Apóstol de las «gentes». Las «gentes» o las «naciones» es una de las nociones más interesantes y «transversales» de la Biblia. La recorre

desde el principio hasta el fin, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*.

En parte, es un término que sirve para distinguir al pueblo elegido de todos los demás. Israel es el pueblo elegido por Dios entre las naciones. El pueblo que Dios ha hecho suyo. De esta manera son «gentiles» o «paganos» aquellos que no han tenido la suerte de recibir la revelación divina. Pertenecen a otras naciones, pero no a la que Dios ha elegido. Y esto podía dar lugar, y a veces daba, a un cierto orgullo más o menos racial. Pero no es ese el verdadero sentido de la distinción.

La vocación de Israel no es sólo la de distinguirse de los demás pueblos o etnias, y no contaminarse. Sino también, y principalmente, la de servir de referencia y camino de salvación para las demás naciones. Hay aquí un designio salvador de Dios que, como recuerda san Pablo, «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (*1 Tm 2, 4*).

Los primeros capítulos del *Génesis* destacan que todas las naciones y pueblos en que se dividen los hombres tienen su origen en el único Dios, que ha creado al primer hombre (cf. *Gn 5, 9 y 10*). Y, en medio de las diatribas contra las naciones enemigas, los profetas de Israel señalan que esas naciones están destinadas a orientarse finalmente hacia la ciudad santa, Jerusalén, y a rendir culto al verdadero Dios (*Is 60, 4, Tb 13, 14*). Los evangelios sinópticos encuentran un inicio de cumplimiento de esta promesa en la adoración de los Magos.

Cuando Israel reflexiona sobre su misión espiritual en el mundo, recuerda las palabras con que dio comienzo la Alianza. El libro del *Génesis* empieza la historia de Abraham, contando su vocación y la Alianza con Dios. Y como parte de las promesas de Dios se añade: «Por ti se



bendecirán todos los linajes de la tierra» (*Gn* 12, 3). Aunque en la interpretación literal del pasaje caben varias opciones, la tradición de Israel entenderá que todos los linajes, todas las etnias, las naciones o los pueblos no sólo se alegrarán por la bendición que recibe Abrahán sino que también participarán en ella. A través de Israel llegará la bendición de Dios a todas las naciones.

El texto tiene profundos ecos en todo el Antiguo Testamento (*Gn* 18, 18; 22, 18; 26, 4; 28, 14; *Jr* 4, 2; *Si* 44, 21), y configura la misión histórica de Israel. Después, se prolonga hasta llegar al Nuevo Testamento. El anciano Simeón ve su cumplimiento al tener en los brazos a Jesucristo niño, con apenas cuarenta días: «Han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel» (*Lc* 2, 30.32). Aquel niño era, y es, la gloria del Israel elegido por Dios y la luz de las gentes, de todos los pueblos, convocados a adorar al verdadero Dios, según las promesas de Dios.

3.2. El Apóstol de los gentiles

Sobre este rico trasfondo, que recorre la entera historia de la salvación, se entiende mejor la vocación y misión de san Pablo, como «Apóstol de las gentes». La evangelización de los gentiles o no judíos estaba ya prevista en el mismo mandamiento de Cristo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (*Mt* 28, 19).

Y está anticipada simbólicamente en la conversión del centurión Cornelio (cf. *Hch* 10), que ocupa un lugar tan

significativo en los *Hechos de los Apóstoles* que se cuenta por triplicado. Para que a nadie quede duda de que se trata de un querer divino. Pedro declara: «verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le tema y practica la justicia le es grato» (*Hch* 10, 34). Y los demás discípulos se asombran «al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles» (*Hch* 10, 45). Todos supieron así que «también los gentiles habían aceptado la Palabra de Dios». Y «se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: así pues también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida» (*Hch* 11, 18).

Estaba claro: el Evangelio es una bendición para todas las gentes, para todas las etnias, para todas las naciones, para todas las culturas y para todas las especificaciones en que puede dividirse la especie humana. Nadie queda excluido en la voluntad divina que «quiere que todos los hombres se salven» (*1 Tm* 2, 4). Esa es la voluntad de Dios. Pero Dios necesita quien lleve su mensaje salvador a los oídos de los hombres. «Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará» —dice san Pablo—: «Pero, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?, ¿cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y, ¿cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura, ¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el Bien!» (*Rm* 10, 13-17; *Is* 52, 7).

Dios ha querido depender de testigos fieles que lleven su mensaje. Y a san Pablo le tocó abrir de par en par las puertas de la primitiva Iglesia a los gentiles, a muchos tipos de gentiles de muchas naciones. «El que actuó en Pedro para hacer de él un apóstol de los circuncisos, actuó también en mí para hacerme apóstol de los gentiles» (*Ga* 2, 8). A san Pablo le tocó llevar a la práctica las promesas uni-



versales de salvación. San Pablo encarna, por antonomasia, la dimensión universal a la que estaba llamada la Iglesia desde el principio. «Desde el primer momento –dice Benedicto XVI– había comprendido que esta realidad no estaba destinada sólo a los judíos, a un grupo determinado de hombres, sino que tenía un valor universal y afectaba a todos, porque Dios es el Dios de todos»²

El Señor preparó ese instrumento para darle a la Iglesia un impulso universal, católico, que no conocía fronteras geográficas, políticas o culturales. A su inmenso espíritu le tocó sacar el cristianismo de los medios judíos y de la diáspora judía, para dirigirse realmente a «todas las gentes». Lo que hubiera podido, quizá, quedarse en un símbolo, se convirtió con su asombroso apostolado, en una verdad palpable.

4. El «*ad gentes*» de hoy

Todavía vivimos hoy de ese impulso. Y viene bien un año paulino para recordarlo. Ninguna barrera étnica, geográfica, política o cultural puede detener el anuncio del Evangelio. El Evangelio es para todos los pueblos, para todas las etnias, para todas las gentes, para todos los hombres. Convoca a todos los hombres, por encima de cualesquiera diferencias.

«Ad gentes» son también las primeras palabras latinas con las que se conoce el Decreto sobre la Actividad Misionera de la Iglesia, del Concilio Vaticano II. Y su primer número lo deja bien claro: «Enviada por Dios a las gentes para ser “sacramento universal de salvación”, la

² BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, 25.X.2006.

Iglesia, por exigencia radical de su catolicidad, obediente al mandato de su Fundador, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres» (n. 1).

Este punto encuadra la misión, por una parte, en el mandato de Cristo, que ya hemos mencionado: «Id y haced discípulos a todas las gentes». Y, por otra, en el ser mismo de la Iglesia, que es católica. Es decir, universal, abierta a todos los pueblos, a todas las gentes, a todas las etnias, a todas las culturas.

A pesar de los nuevos nacionalismos, hoy apenas está en vigor la división étnica que parecía obvia a los escritores de la Antigüedad. Aunque ya entonces había ciudades tan cosmopolitas como la Atenas en la que predicó san Pablo, la humanidad aparecía dividida claramente en naciones. Hoy el envío *ad gentes* apunta a toda la diversidad de la condición humana, que también se muestra en nuestras sociedades que tienen por orgullo definirse pluralistas, aunque en realidad son bastante homogéneas desde el punto de vista cultural.

Precisamente por eso, nada es más lejano a la mentalidad de la evangelización cristiana que el concebir el cristianismo como algo que acepte quedarse encerrado en pequeños ámbitos de culto. Si es verdad que hay que encerrarse en la propia intimidad para tratar con Dios que «ve en lo secreto» (*Mt* 6, 6), también es verdad que hay que predicar «desde los tejados» (*Mt* 10, 27). Y que Pentecostés ha dado a la Iglesia su estatuto público y la ha puesto, como «bandera entre las naciones», ante la realidad de su misión universal. No puede quedarse encerrada ni tampoco puede conformarse con que haya espacios humanos cerrados a la salvación de Cristo.

Dirigiéndose a los recién convertidos en Pentecostés, Pedro les dijo: «Que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados; y



recibiréis el don del Espíritu Santo. Pues la Promesa es para vosotros y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro» (*Hch* 2, 39). Esa es la promesa de que el Señor convoca a todas las gentes, a todos los pueblos.

Desde Pentecostés, la Iglesia no puede callar ni restringir su mensaje. Como explicaron Pedro y Juan al Sanedrín, cuando querían dejarles libres a cambio de su silencio: «Les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús. Mas Pedro y Juan les respondieron: “juzgar si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. *No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído*”» (*Hch* 4, 18-20).

«No podemos dejar de hablar –a todos los hombres, tendríamos que subrayar– de lo que hemos visto y oído». La Iglesia nació con esa misión universal. No podemos empequeñecer el espíritu del Evangelio y conformarnos con reductos culturales. No podemos aceptar una existencia marginal, en una sociedad progresivamente descristianizada. Pero esto, no por nuestra personal valía, como si se tratara de demostrar que nosotros personalmente tenemos la razón, sino por el sentido mismo del Evangelio. No buscamos el triunfo personal, sino la difusión de la luz de Cristo. Y esta difusión no puede lograrse sin estar enamorados de esa luz y sin estar dispuestos a algún sacrificio personal. Así sucedió desde el principio. En la misma escena que acabamos de mencionar se cuenta que Pedro y Juan «marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre. Y además ni un solo día cesaban de enseñar en el Templo y por las casas y de anunciar la Buena Nueva de que Jesús es el Cristo» (*Hch* 5, 41-42). ¡«Ni un solo día cesaban de enseñar»!

4.1. Id y predicad

Nos tiene que urgir, lo mismo que a los primeros cristianos y a san Pablo, el mandato del Señor: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (*Mt 28, 19*). Y nos tenemos que apoyar en las palabras que siguen a este mandato y que cierran el Evangelio de san Mateo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*). La presencia viva del resucitado es el contenido fundamental de la predicación, pero también su garantía.

El mandato de Cristo, que se dirige a todos sus discípulos, habla de «ir». Es preciso ir. ¿Ir a quién? «ad gentes», a las naciones, a los pueblos. Hoy no se dividen los hombres ya por etnias, pero siguen conformando culturas. Hay que ir a los que no son, a los que no saben, a los que no conocen al verdadero Dios. Dondequiera que estén. Por eso la misión de la Iglesia tiene tantos frentes. Por eso, no han perdido actualidad las misiones lejanas, las misiones tradicionales del Tercer Mundo. Por eso tenemos retos pendientes en Asia; por eso tenemos retos pendientes en el universo musulmán. Pero, por eso también, tenemos una misión a nuestro alrededor, en los países, volvemos a la expresión, de «vieja tradición cristiana».

Necesitamos despertar en todos los cristianos esta conciencia misionera, porque es propia de toda la Iglesia, y no sólo de instituciones o de grupos especializados. Generaciones y generaciones de cristianos acostumbrados a vivir en un régimen de cristiandad o de naciones cristianas han podido perder el impulso apostólico que caracterizó a las primeras generaciones. Tenemos que retornar a



estas raíces para recuperar el impulso apostólico, el primer eco de las palabras del Señor: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes [...] Yo estoy con vosotros».

5. Aprender de san Pablo

En la misión de san Pablo hay algunos rasgos muy acusados que, todavía hoy, nos enseñan cuáles son las bases de la verdadera evangelización cristiana. Los vamos a recorrer brevemente, y aprovecharemos algunas reflexiones de nuestro papa Benedicto XVI que hace dos años, en el 2006, después de haber descrito en las Audiencias de los miércoles la personalidad de los doce apóstoles, dedicó varias Audiencias a glosar los rasgos principales del espíritu de san Pablo.

5.1. Centrarse en Cristo

La vocación de san Pablo se inicia con un encuentro con Cristo. San Pablo recibió entonces ese testimonio personal y duradero del «Yo estoy con vosotros». «Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles» (*Ga* 1, 15-16).

Ese primer encuentro se convirtió en la referencia permanente de toda su misión. Comenta Benedicto XVI: «Su conversión no fue resultado de pensamientos o reflexiones, sino fruto de una intervención divina, de una gracia divina imprevisible. [...] Desde aquel momento puso todas sus energías al servicio exclusivo del Jesucristo y de su Evangelio [...]. De aquí se deriva una lección muy impor-

tante para nosotros: lo que cuenta es poner en el centro de nuestra vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice especialmente por el encuentro, por la comunión con Cristo y con su palabra. A su luz, cualquier otro valor se recupera y a la vez se purifica de posibles escorias»³. Y en otro momento añade: «Es importante que nos demos cuenta de cómo Jesucristo puede influir en la vida de una persona y, por tanto, también en nuestra propia vida»⁴.

A veces, por cuestiones de palabras, hablamos del cristianismo como si fuera un «ismo» más, como otras corrientes filosóficas o religiosas. Pero el cristianismo no es un «ismo». No es una teoría. Como glosó tan bellamente Romano Guardini en aquel hermoso libro que se llama *La esencia del cristianismo*, el cristianismo no es ni una teoría, ni un conjunto de ritos ni una moral. Su esencia es la persona de Cristo, que está con nosotros, resucitado: «Yo estoy con vosotros».

San Pablo lo comprendió y lo vivió de manera radical. Escribe así a los de Corinto, cuando está entre cadenas en Roma: «Yo, hermanos, cuando fui con vosotros a predicaros el testimonio de Cristo, no fui con sublimes discursos de sabiduría humana, puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros que a Jesucristo, y este crucificado» (*I Co 2, 1-2*). Y un poco más adelante, para dejar bien claro cuál es el fundamento de la predicación cristiana, añade: «¡Mire cada cual cómo construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo» (*I Co 3,11*).

Su predicación se basaba en el testimonio vivo del Resucitado, que le había convertido en discípulo; no predi-

³ BENEDICTO XVI, *Audiencia* 25.X.2006.

⁴ BENEDICTO XVI, *Audiencia* 8.XI.2006.



caba sus teorías, no se predicaba a sí mismo: «No nos predicamos a nosotros mismos –dice a los Corintios–, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús» (2 Co 4, 7).

San Pablo es consciente de lo que significa esa presencia, que llega a ser interior a cada cristiano. Explica a los Gálatas: «Todos los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendientes de Abrahán, herederos según la promesa» (Ga 3, 27-29).

Él experimentó en su propia vida y dejó como parte principal de su doctrina lo que significa «vivir en Cristo» (Rm 8, 1.2.39; 12, 5; 16, 3.7.10; 1 Cor 1, 2.3, etc.). Comenta el papa Benedicto XVI: «Nuestra vida cristiana se apoya en la roca más estable y segura que pueda imaginarse. De ella sacamos toda nuestra energía, como escribe precisamente el Apóstol: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Flp 4, 13)»⁵.

Este vivir en Cristo por el Espíritu Santo nos conduce también al misterio de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Misterio de comunión en Cristo por el Espíritu Santo. El cristianismo no existe como una corriente cultural o filosófica. Existe encarnado en una Iglesia, Cuerpo de Cristo, animada por el Espíritu Santo. No hay evangelización auténtica sin este espíritu de comunión.

5.2. Atreverse a evangelizar

Merece la pena destacar también un segundo rasgo muy acusado en la personalidad de san Pablo. San Pablo sentía

⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia* 8.XI.2006.

la urgencia de la predicación. San Lucas nos cuenta elocuentemente que, mientras andaba por Atenas contemplando los monumentos y los templos religiosos, su espíritu se consumía interiormente «al ver la ciudad llena de ídolos» (*Hch* 17, 16).

Así se lo confiesa también a los Corintios: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el evangelio! [...]. Siendo libre me he hecho esclavo de todos para ganar a los que más pueda. Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos [...]. Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio, para ser partícipe del mismo» (*I Co* 9, 16-23).

El impulso de san Pablo no nace del fanatismo, sino de un arraigado amor a Dios y a los demás. De una fuerte conciencia de la necesidad de evangelizar y del beneficio tan grande que supone el Evangelio de Cristo para los hombres. Por eso se hace «todo para todos». «La caridad [...] no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo soporta» (*I Co* 13, 4-7). Y en otro momento dice: «Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad» (*I Co* 4, 12-13). Y también: «Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades y las angustia sufridas por Cristo; pues, cuando soy débil, entonces soy fuerte» (*2 Co* 12, 10-11).

Era consciente de a quién servía y de cómo tenía que servirle: «Bien sabéis vosotros, hermanos —dice a los Tesalonicenses en un emocionante texto que vale la pena citar por extenso— que nuestra ida a vosotros no fue estéril,



sino que después de haber padecido sufrimientos e injurias [...] tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios, entre frecuentes luchas. [...] No buscando agradar a los hombres, sino a Dios que examina nuestros corazones. Nunca nos presentamos, bien lo sabéis, con palabras aduladoras, ni con pretextos de codicia, Dios es testigo, ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie. Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con vosotros como una madre cuida con cariño de sus hijos. Tanto os queríamos que estábamos dispuestos a daros no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestras propias vidas. [...]. Recordáis, hermanos, nuestros trabajos y fatigas [...]. Como un padre a sus hijos, así también a cada uno de vosotros os exhortábamos y animábamos, exigiéndoos vivieseis de una manera digna de Dios que os ha llamado a su Reino y gloria» (*I Ts 2, 1-11*).

Es conmovedor pensar que ese espíritu no se apagaba en ninguna circunstancia. Ni siquiera en la cárcel: «Vivió allí dos años enteros a su costa, recibiendo a todos los que acudían, predicándoles el Reino de Dios y enseñando la vida del Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbos» (*Hch 26, 30-31*). Sabemos que de esa primera acción apostólica de san Pablo se convirtieron algunos de sus carceleros. Y que muy pronto hubo cristianos entre los pretorianos, la guardia imperial que se ocupaba de la custodia personal del emperador y también de sus prisioneros. Muy pronto hubo cristianos en todos los estamentos de la casa imperial, desde los criados y soldados hasta representantes de la nobleza patricia.

Qué duda cabe de que el Señor preparó en san Pablo un buen instrumento para hacer algo que, todavía hoy, nos parece asombroso. Pero él apoyaba su debilidad personal –se sentía barro– en la fuerza de Dios. «No tengas miedo

—le dijo el Señor en el comienzo de su misión en Corinto—, sigue hablando y no te calles; porque yo estoy contigo y nadie te atacará para hacerte mal, porque tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad» (1 Co 18, 9-10).

Todavía hoy emociona la relación de penalidades que tuvo que sufrir para ser fiel a su misión: «¿Son ministros de Cristo —¡digo una locura!— Yo más que ellos. Más en trabajos; más en cárceles; muchísimo más en azotes; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez lapidado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en la ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez. Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las iglesias» (2 Co 11, 23-29).

Frente a esta relación tan sincera, ¡qué mezquina puede parecer la relación de dificultades que sentimos en nuestra evangelización! La parálisis a que nos conduce el análisis de nuestras dificultades. En la misma homilía de la Basílica de San Pablo donde anunciaba el año paulino, comentaba Benedicto XVI: «La acción de la Iglesia sólo es creíble y eficaz en la medida en que quienes forman parte de ella están dispuestos a pagar personalmente su fidelidad a Cristo, en cualquier circunstancia. Donde falta esta disponibilidad, falta el argumento decisivo de la verdad, del que la Iglesia misma depende»⁶.

⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía en San Pablo Extramuros*, 28.VI.2007.



Hay una curiosa relación entre la presencia prometida de Cristo —«yo estoy con vosotros»— y la eficacia de la cruz. No se puede predicar y transmitir el Evangelio sin estar dispuestos a dar algo de uno mismo. El triunfo de Cristo fue en la Cruz. Y el triunfo de la caridad es también en la cruz. «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo esta crucificado para mí y yo para el mundo» (*Ga* 6, 14).

Con razón puede parecer una empresa desproporcionada para las débiles fuerzas humanas. Ciertamente nos supera. Nos podemos sentir con mucha más razón que san Pablo «vasos de barro» (*2 Co* 4, 7). Pero tenemos que atrevernos a pedir la ayuda de la gracia para vivir como san Pablo, de forma que demos un testimonio más auténtico de la verdad.

Conclusión

En la conclusión de su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, Juan Pablo II escribía: «el mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello, podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda” (*Rm* 5, 5)» (n. 58). Y añadía: «Tenemos que imitar la intrepidez del apóstol Pablo; “lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús” (*Flp* 13, 14)» (n. 59).

También Benedicto XVI nos invita a seguir este ejemplo: «Así, pues, afrontemos nuestra existencia, con sus ale-

grías y dolores, sostenidos por estos grandes sentimientos que san Pablo nos ofrece. Si los vivimos, podremos comprender cuánta verdad encierra lo que el mismo Apóstol escribe: “Yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día, es decir, hasta el día definitivo (2 *Tm* 1, 12) de nuestro encuentro con Cristo juez, Salvador del mundo, y de nosotros”»⁷.

⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 8.XI.2007.



III

Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE
3 de diciembre de 2007

1. Introducción

1. Enviado por el Padre para anunciar el Evangelio, Jesucristo invita a todos los hombres a la conversión y a la fe (cf. *Mc* 1, 14-15), encomendando a los apóstoles, después de su resurrección, continuar su misión evangelizadora (cf. *Mt* 28, 19-20; *Mc* 16,15; *Lc* 24, 4-7; *Hch* 1, 3): «Como el Padre me envió, también yo os envió» (*Jn* 20, 21; cf. 17, 18). Mediante la Iglesia, quiere llegar a cada época de la historia, a cada lugar de la tierra y a cada ámbito de la sociedad, quiere llegar a cada persona, para que todos sean un solo rebaño con un solo pastor (cf. *Jn* 10, 16): «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (*Mc* 16, 15-16).

Los apóstoles, entonces, «movidos por el Espíritu Santo, invitaban a todos a cambiar de vida, a convertirse y a recibir el bautismo»¹, porque la «Iglesia peregrina es

¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990), 47, en AAS 83 (1991) 293.



necesaria para la salvación»². Es el mismo Señor Jesucristo quien, presente en su Iglesia, precede la obra de los evangelizadores, la acompaña y sigue, haciendo fructificar su trabajo: lo que acaeció al principio continúa durante todo el curso de la historia.

Al comienzo del tercer milenio, resuena en el mundo la invitación que Pedro, junto con su hermano Andrés y con los primeros discípulos, escuchó de Jesús: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para pescar» (*Lc 5, 4*)³. Y después de la pesca milagrosa, el Señor anunció a Pedro que se convertiría en «pescador de hombres» (*Lc 5, 10*).

2. El término *evangelización* tiene un significado muy rico⁴. En sentido amplio, resume toda la misión de la Iglesia: en efecto, toda su vida consiste en realizar la *traditio Evangelii*, el anuncio y transmisión del Evangelio, que es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (*Rm 1, 16*) y que en última instancia se identifica con el mismo Cristo (*1 Co 1, 24*). Por eso, la evangelización así entendida tiene como destinataria a toda la humanidad. En cualquier caso, *evangelizar* no significa solamente enseñar una doctrina sino anunciar a Jesucristo con palabras y acciones, o sea, hacerse instrumento de su presencia y actuación en el mundo.

² Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 14; cf. Decreto *Ad gentes*, 7; Decreto *Unitatis redintegratio*, 3. Esta doctrina no se contrapone a la voluntad salvífica de Dios, que «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (*1 Tm 2, 4*); por eso «es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación» (JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 9, en AAS 83 [1991] 258).

³ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), 1, en AAS 93 (2001) 266.

⁴ Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 24, en AAS 69 (1976) 22.

«Toda persona tiene derecho a escuchar la “Buena Nueva” de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación»⁵. Es un derecho conferido por el mismo Señor a toda persona humana, por lo cual todos los hombres y mujeres pueden decir con san Pablo: Jesucristo «me amó y se entregó por mí» (*Ga* 2, 20). A este derecho le corresponde el deber de evangelizar: «No es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (*I Co* 9, 16; cf. *Rm* 10, 14). Así se entiende por qué toda actividad de la Iglesia tiene una dimensión evangelizadora esencial y jamás debe separarse del compromiso de ayudar a todos a encontrar a Cristo en la fe, que es el objetivo primario de la evangelización: «La cuestión social y el Evangelio son realmente inseparables. Si damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco»⁶.

3. Hoy en día, sin embargo, hay una confusión creciente que induce a muchos a desatender y dejar inoperante el mandato misionero del Señor (cf. *Mt* 28, 19). A menudo se piensa que todo intento de convencer a otros en cuestiones religiosas es limitar la libertad. Sería lícito solamente exponer las propias ideas e invitar a las personas a actuar según la conciencia, sin favorecer su conversión a Cristo y a la fe católica: se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión, que basta con construir comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Además, algunos

⁵ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 46, en AAS 83 (1991) 293; cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 53 y 80, en AAS 69 (1976) 41-42, 73-74.

⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa en la explanada de la Nueva Feria de Múnich* (10 de septiembre de 2006), en AAS 98 (2006) 710.



sostienen que no se debería anunciar a Cristo a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues sería posible salvarse también sin un conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia.

Para salir al paso de esta problemática, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha considerado necesario publicar la presente *Nota*, la cual, presuponiendo toda la doctrina católica sobre la evangelización, ampliamente tratada en el magisterio de Pablo VI y de Juan Pablo II, tiene como finalidad aclarar algunos aspectos de la relación entre el mandato misionero del Señor y el respeto a la conciencia y a la libertad religiosa de todos. Son aspectos con implicaciones antropológicas, eclesiológicas y ecuménicas.

2. Algunas implicaciones antropológicas

4. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (*Jn* 17, 3). Dios concedió a los hombres inteligencia y voluntad para que lo pudieran buscar, conocer y amar libremente. Por eso la libertad humana es un recurso y, a la vez, un reto para el hombre que le presenta Aquel que lo ha creado. Un ofrecimiento a su capacidad de conocer y amar lo que es bueno y verdadero. Nada como la búsqueda del bien y la verdad pone en juego la libertad humana, reclamándole una adhesión tal que implica los aspectos fundamentales de la vida. Este es, particularmente, el caso de la verdad salvífica, que no es solamente objeto del pensamiento sino también acontecimiento que afecta a toda la persona –inteligencia, voluntad, sentimientos, actividades y proyectos–

cuando se adhiere a Cristo. En esta búsqueda del bien y la verdad actúa ya el Espíritu Santo, que abre y dispone los corazones para acoger la verdad evangélica, según la conocida afirmación de santo Tomás de Aquino: «*Omne verum a quocumque dicatur a Spiritu Sancto est*»⁷. Por eso es importante valorar esta acción del Espíritu Santo, que produce afinidad y acerca los corazones a la verdad, ayudando al conocimiento humano a madurar en la sabiduría y en el abandono confiado en lo verdadero⁸.

Sin embargo, hoy en día, cada vez más frecuentemente, se pregunta acerca de la legitimidad de proponer a los demás lo que se considera verdadero en sí, para que puedan adherirse a ello. Esto a menudo se considera como un atentado a la libertad del prójimo. Tal visión de la libertad humana, desvinculada de su inseparable referencia a la verdad, es una de las expresiones «del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión»⁹. En las diferentes formas de agnosticismo y relativismo presentes en el pensamiento contemporáneo, «la legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual. No se sustraen a esta prevención ni siquiera algunas concepcio-

⁷ «Toda verdad, dígala quien la diga, viene del Espíritu Santo» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 109, a. 1, ad 1).

⁸ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), 44, en AAS 91 (1999) 40.

⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura de la asamblea eclesial de la diócesis de Roma* (6 de junio de 2005), en AAS 97 (2005) 816.



nes de vida provenientes de Oriente; en ellas, en efecto, se niega a la verdad su carácter exclusivo, partiendo del presupuesto de que se manifiesta de igual manera en diversas doctrinas, incluso contradictorias entre sí»¹⁰. Si el hombre niega su capacidad fundamental de conocer la verdad, si se hace escéptico sobre su facultad de conocer realmente lo que es verdadero, termina por perder lo único que puede atraer su inteligencia y fascinar su corazón.

5. En este sentido, en la búsqueda de la verdad, se engaña quien sólo confía en sus propias fuerzas, sin reconocer la necesidad que cada uno tiene del auxilio de los demás. El hombre «desde el nacimiento está inmerso en varias tradiciones, de las cuales recibe no sólo el lenguaje y la formación cultural, sino también muchas verdades en las que, casi instintivamente, cree. [...] En la vida de un hombre las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal»¹¹. La necesidad de confiar en los conocimientos transmitidos por la propia cultura, o adquiridos por otros, enriquece al hombre ya sea con verdades que no podía conseguir por sí solo, ya sea con las relaciones interpersonales y sociales que desarrolla. El individualismo espiritual, por el contrario, aísla a la persona impidiéndole abrirse con confianza a los demás –y, por lo tanto, recibir y dar en abundancia los bienes que sostienen su libertad– poniendo en peligro incluso el derecho de manifestar socialmente sus propias convicciones y opiniones¹².

¹⁰ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, 5, en AAS 91 (1999) 9-10.

¹¹ *Ibid.*, n. 31, en AAS 91 (1999) 29; cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 12.

¹² Este derecho ha sido reconocido y afirmado también en la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre* de 1948 (aa. 18-19).

En particular, la verdad que es capaz de iluminar el sentido de la propia vida y de guiarla se alcanza también mediante el abandono confiado en aquellos que pueden garantizar la certeza y la autenticidad de la verdad misma: «La capacidad y la opción de confiarse uno mismo y la propia vida a otra persona constituyen ciertamente uno de los actos antropológicamente más significativos y expresivos»¹³. La aceptación de la Revelación que se realiza en la fe, aunque suceda en un nivel más profundo, entra en la dinámica de la búsqueda de la verdad: «Cuando Dios revela, hay que prestarle “la obediencia de la fe”, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando “a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad”, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él»¹⁴. El Concilio Vaticano II, después de haber afirmado el deber y el derecho de todo hombre a buscar la verdad en materia religiosa, añade: «La verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante una libre investigación, sirviéndose del magisterio o de la educación, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales unos exponen a otros la verdad que han encontrado o creen haber encontrado»¹⁵. En cualquier caso, la verdad «no se impone de otra manera, sino por la fuerza de la misma verdad»¹⁶. Por lo tanto, estimular honradamente la inteligencia y la libertad de una persona hacia el encuentro con Cristo y su Evangelio no es una intromisión indebida, sino un ofrecimiento legítimo y un servicio que puede hacer más fecunda la relación entre los hombres.

¹³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, 33, en AAS 91 (1999) 31.

¹⁴ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 5.

¹⁵ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, 3.

¹⁶ *Ibid.*, n. 1.



6. La evangelización es, además, una posibilidad de enriquecimiento no sólo para sus destinatarios, sino también para quien la realiza y para toda la Iglesia. Por ejemplo, en el proceso de inculturación, «la misma Iglesia universal se enriquece con expresiones y valores en los diferentes sectores de la vida cristiana, [...] conoce y expresa aún mejor el misterio de Cristo, a la vez que es alentada a una continua renovación»¹⁷. En efecto, la Iglesia, que desde el día de Pentecostés ha manifestado la universalidad de su misión, asume en Cristo las riquezas innumerables de los hombres de todos los tiempos y lugares de la historia humana¹⁸. Además de su valor antropológico implícito, todo encuentro con una persona o con una cultura concreta puede desvelar potencialidades del Evangelio poco explicitadas precedentemente, que enriquecerán la vida concreta de los cristianos y de la Iglesia. También gracias a este dinamismo, la «Tradición, que deriva de los apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo»¹⁹.

En efecto, es el Espíritu quien, después de haber obrado la encarnación de Jesucristo en el seno virginal de María, vivifica la acción materna de la Iglesia en la evangelización de las culturas. El Evangelio, aunque es independiente de todas las culturas, es capaz de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna²⁰. En este sentido, el Espíritu Santo es también el protagonista de la incultura-

¹⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 52, en AAS 83 (1991) 300.

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Slavorum apostoli* (2 de junio de 1985), 18, en AAS 77 (1985) 800.

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 8.

²⁰ Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 19-20, en AAS 69 (1976) 18-19.

ción del Evangelio; es el que preside, de modo fecundo, el diálogo entre la Palabra de Dios, revelada en Jesucristo, y los interrogantes más profundos que brotan de la multiplicidad de los hombres y de las culturas. Así continúa en la historia, en la unidad de una misma y única fe, el acontecimiento de Pentecostés, que se enriquece a través de la diversidad de lenguas y culturas.

7. La actividad por medio de la cual el hombre comunica a otros verdades y acontecimientos significativos desde el punto de vista religioso, favoreciendo su recepción, no solamente está en profunda sintonía con la naturaleza del proceso humano de diálogo, anuncio y aprendizaje, sino que también responde a otra importante realidad antropológica: es propio del hombre el deseo de hacer que los demás participen de sus propios bienes. Acoger la Buena Nueva en la fe impulsa de por sí a esa comunicación. La Verdad que salva la vida enciende el corazón de quien la recibe con un amor al prójimo que mueve la libertad a comunicar lo que se ha recibido gratuitamente.

Aunque los no cristianos puedan salvarse mediante la gracia que Dios da a través de «camino que Él sabe»²¹, la Iglesia no puede menos de tener en cuenta que les falta un bien grandísimo en este mundo: conocer el verdadero rostro de Dios y la amistad con Jesucristo, el Dios-con-nosotros. En efecto, «nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada hay más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con Él»²². Para todo hombre es un bien la reve-

²¹ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 7; cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*, 16; Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22.

²² BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa del solemne inicio del ministerio del Pontificado* (24 abril de 2005), en AAS 97 (2005) 711.



lación de las verdades fundamentales²³ sobre Dios, sobre sí mismo y sobre el mundo; por el contrario, vivir en la oscuridad, sin la verdad acerca de las últimas realidades, es un mal, que frecuentemente está en el origen de sufrimientos y esclavitudes a veces dramáticas. Esta es la razón por la que san Pablo no duda en describir la conversión a la fe cristiana como una liberación «del poder de las tinieblas» y como la entrada «en el Reino del Hijo predilecto, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados» (*Col* 1, 13-14). Por eso, la plena adhesión a Cristo, que es la Verdad, y la incorporación a su Iglesia, no disminuyen la libertad humana, sino que la enaltecen y perfeccionan, en un amor gratuito y enteramente solícito por el bien de todos los hombres. Es un don inestimable vivir en el abrazo universal de los amigos de Dios que brota de la comunión con la carne vivificante de su Hijo, recibir de Él la certeza del perdón de los pecados y vivir en la caridad que nace de la fe. La Iglesia quiere hacer partícipes a todos de estos bienes, a fin de que tengan la plenitud de la verdad y de los medios de salvación, «para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rm* 8, 21).

8. La evangelización implica también el diálogo sincero que busca comprender las razones y los sentimientos de los otros. En efecto, al corazón del hombre no se accede sin gratuidad, caridad y diálogo, de modo que la palabra anunciada no sea solamente proferida, sino también adecuadamente testimoniada, en el corazón de sus destina-

²³ Cf. CONCILIO VATICANO I, Constitución dogmática *Dei Filius*, 2: «Ciertamente, gracias a esta revelación divina, aquello que en lo divino no está por sí mismo más allá del alcance de la razón humana, puede ser conocido por todos, incluso en el estado actual del género humano, sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla de error alguno (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, 1, 1)» (DS 3005).

rios. Eso exige tener en cuenta las esperanzas y los sufrimientos, las situaciones concretas de los destinatarios. Además, precisamente a través del diálogo, los hombres de buena voluntad abren más libremente su corazón y comparten sinceramente sus experiencias espirituales y religiosas. Ese compartir, característico de la verdadera amistad, es una ocasión valiosa para el testimonio y el anuncio cristiano.

Como en todo campo de la actividad humana, también en el diálogo en materia religiosa puede introducirse el pecado. A veces puede suceder que ese diálogo no sea guiado por su finalidad natural, sino que ceda al engaño, a intereses egoístas o a la arrogancia, sin respetar la dignidad y la libertad religiosa de los interlocutores. Por eso «la Iglesia prohíbe severamente que a nadie se obligue, se induzca o se atraiga por medios inadecuados a abrazar la fe, de la misma manera que reivindica con energía el derecho a que nadie sea apartado de la fe con vejaciones inicuas»²⁴.

El motivo originario de la evangelización es el amor de Cristo para la salvación eterna de los hombres. Los auténticos evangelizadores desean solamente dar gratuitamente lo que gratuitamente han recibido: «Desde los primeros días de la Iglesia los discípulos de Cristo se esforzaron en inducir a los hombres a confesar a Cristo Señor, no por acción coercitiva ni por artificios indignos del Evangelio, sino ante todo por la virtud de la Palabra de Dios»²⁵. La misión de los apóstoles —y su continuación en la misión de la Iglesia antigua— sigue siendo el modelo fundamental de evangeliza-

²⁴ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 13.

²⁵ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, 11.



ción para todos los tiempos: una misión a menudo marcada por el martirio, como lo demuestra la historia del siglo pasado. Precisamente el martirio da credibilidad a los testigos, que no buscan poder o ganancia sino que entregan su propia vida por Cristo. Manifiestan al mundo la fuerza inerme y llena de amor por los hombres concedida a los que siguen a Cristo hasta la donación total de su existencia. Así, los cristianos, desde los albores del cristianismo hasta nuestros días, han sufrido persecuciones por el Evangelio, como Jesús mismo había anunciado: «A mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (*Jn* 15, 20).

3. Algunas implicaciones eclesiológicas

9. Desde el día de Pentecostés, quien acoge plenamente la fe es incorporado a la comunidad de los creyentes: «Los que acogieron su palabra [de Pedro] fueron bautizados. Aquel día se les unieron unas tres mil personas» (*Hch* 2, 41). Desde el inicio, con la fuerza del Espíritu, el Evangelio ha sido anunciado a todos los hombres, para que crean y lleguen a ser discípulos de Cristo y miembros de su Iglesia. También en la literatura patristica son constantes las exhortaciones a realizar la misión confiada por Jesús a los discípulos²⁶. Generalmente se usa el término «conversión» en referencia a la exigencia de conducir a los paganos a la Iglesia. No obstante, la conversión (*metanoia*), en su significado cristiano, es un cambio de mentalidad y actuación, como expresión de la vida nueva *en Cristo* pro-

²⁶ Cf. por ejemplo, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protreptico* IX, 87, 3-4 (*Sources chrétiennes*, 2, 154); AURELIO AGUSTÍN, *Sermo* 14, D [=352 A], 3 (*Nuova Biblioteca Agostiniana* XXXV/1, 269-271).

clamada por la fe: es una reforma continua del pensar y obrar orientada a una identificación cada más intensa con Cristo (cf. *Ga* 2, 20), a la cual están llamados, ante todo, los bautizados. Este es, en primer lugar, el significado de la invitación que Jesús mismo formuló: «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc* 1, 15; cf. *Mt* 4, 17).

El espíritu cristiano siempre ha estado animado por la pasión de llevar a toda la humanidad a Cristo en la Iglesia. En efecto, la incorporación de nuevos miembros a la Iglesia no es la extensión de un grupo de poder, sino la entrada en la red de amistad con Cristo, que une el cielo y la tierra, continentes y épocas diferentes. Es la entrada en el don de la comunión con Cristo, que es «vida nueva» animada por la caridad y el compromiso por la justicia. La Iglesia es instrumento —«el germen y el principio»²⁷— del reino de Dios, no es una utopía política. Ya es presencia de Dios en la historia y lleva en sí también el verdadero futuro, el definitivo, en el que Él será «todo en todos» (*I Co* 15, 28); una presencia necesaria, pues sólo Dios puede dar al mundo paz y justicia auténticas. El reino de Dios no es —como algunos sostienen hoy— una realidad genérica que supera todas las experiencias o tradiciones religiosas, a la cual estas deberían tender como hacia una comunión universal e indiferenciada de todos los que buscan a Dios, sino que es ante todo una persona, que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible²⁸. Por

²⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 5.

²⁸ Sobre este tema ver también JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 18, en AAS 83 (1991) 265-266: «Si se separa el Reino de la persona de Jesús, no existe ya el reino de Dios revelado por Él, y se termina por distorsionar tanto el significado del Reino —que corre el riesgo de transformarse en un objetivo puramente humano o ideológico— como la identidad de Cristo, que no aparece ya como el Señor, al cual debe someterse todo (cf. *I Co* 15, 27)».



eso, cualquier movimiento libre del corazón humano hacia Dios y hacia su Reino conduce, por su propia naturaleza, a Cristo y se orienta a la incorporación en su Iglesia, que es signo eficaz de ese Reino. La Iglesia es, por lo tanto, medio de la presencia de Dios, y por eso, instrumento de una verdadera humanización del hombre y del mundo. La extensión de la Iglesia a lo largo de la historia, que constituye la finalidad de la misión, es un servicio a la presencia de Dios mediante *su* Reino: en efecto, «el Reino no puede separarse de la Iglesia»²⁹.

10. Hoy, sin embargo, «el perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto en peligro por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo *de facto* sino también *de iure* (o de principio)»³⁰. Desde hace mucho tiempo se ha ido creando una situación en la cual, para muchos fieles, no está clara la razón de ser de la evangelización³¹. Se llega incluso a afirmar que la pretensión de haber recibido como don la plenitud de la Revelación de Dios esconde una actitud de intolerancia y un peligro para la paz.

Quien razona así ignora que la plenitud del don de la verdad que Dios hace al hombre al revelarse a él, respeta

²⁹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 18, en AAS 83 (1991) 265-266. Acerca de la relación entre la Iglesia y el Reino, cf. también Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Iesus*, 18-19, en AAS 92 (2000) 759-761.

³⁰ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 4, en AAS 92 (2000) 744.

³¹ Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 80, en AAS 69 (1976) 73: «... ¿para qué anunciar el Evangelio, ya que todo hombre se salva por la rectitud del corazón? Por otra parte, es bien sabido que el mundo y la historia están llenos de “semillas del Verbo”. ¿No es, pues, una ilusión pretender llevar el Evangelio donde ya está presente a través de esas semillas que el mismo Señor ha esparcido?».

la libertad que Él mismo ha creado como rasgo indeleble de la naturaleza humana: una libertad que no es indiferencia, sino tendencia al bien. Ese respeto es una exigencia de la misma fe católica y de la caridad de Cristo, un elemento constitutivo de la evangelización y, por tanto, un bien que hay que promover sin separarlo del compromiso de hacer que sea conocida y aceptada libremente la plenitud de la salvación que Dios ofrece al hombre en la Iglesia.

El respeto a la libertad religiosa³² y su promoción «en modo alguno deben convertirse en indiferencia ante la verdad y el bien. Más aún, la propia caridad exige el anuncio a todos los hombres de la verdad que salva»³³. Ese amor es el sello precioso del Espíritu Santo que, como protagonista de la evangelización³⁴, no cesa de mover los corazones al anuncio del Evangelio, abriéndolos para que lo reciban. Un amor que vive en el corazón de la Iglesia y que de allí se irradia hasta los confines de la tierra, hasta el corazón de cada hombre. En efecto, todo el corazón del hombre espera encontrar a Jesucristo.

³² BENEDICTO XVI, Discurso a la Curia Romana (22 de diciembre de 2005), en AAS 98 (2006) 50: «... si la libertad de religión se considera como expresión de la incapacidad del hombre de encontrar la verdad y, por consiguiente, se transforma en canonización del relativismo, entonces pasa impropriamente de necesidad social e histórica al nivel metafísico, y así se la priva de su verdadero sentido, con la consecuencia de que no la puede aceptar quien cree que el hombre es capaz de conocer la verdad de Dios y está vinculado a ese conocimiento basándose en la dignidad interior de la verdad. Por el contrario, algo totalmente diferente es considerar la libertad de religión como una necesidad que deriva de la convivencia humana, más aún, como una consecuencia intrínseca de la verdad que no se puede imponer desde fuera, sino que el hombre la debe hacer suya sólo mediante un proceso de convicción».

³³ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 28; cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 24, en AAS 69 (1976) 21-22.

³⁴ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 21-30, en AAS 83 (1991) 268-276.



Así se entiende la urgencia de la invitación de Cristo a evangelizar y por qué la misión, confiada por el Señor a los apóstoles, concierne a todos los bautizados. Las palabras de Jesús, «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 19-20), interpelan a todos en la Iglesia, a cada uno según su vocación. Y, en el momento presente, ante tantas personas que viven en diferentes formas de *desierto*, sobre todo en el «desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre»³⁵, el papa Benedicto XVI ha recordado al mundo que «la Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud»³⁶. Este compromiso apostólico es un deber y también un derecho irrenunciable, expresión propia de la libertad religiosa, que tiene sus correspondientes dimensiones ético-sociales y ético-políticas³⁷. Un derecho que, lamentablemente, en algunas partes del mundo aún no se reconoce legalmente y en otras, de hecho, no se respeta³⁸.

³⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa del solemne inicio del Pontificado* (24 abril de 2005), en AAS 97 (2005) 710.

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, 6.

³⁸ En efecto, donde se reconoce el derecho a la libertad religiosa, por lo general también se reconoce el derecho que tiene todo hombre de compartir con los demás sus propias convicciones, en pleno respeto de la conciencia, para favorecer el ingreso de los demás en la propia comunidad religiosa de pertenencia, como es sancionado por numerosas ordenanzas jurídicas actuales y por una generalizada jurisprudencia.

11. El que anuncia el Evangelio participa de la caridad de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros (cf. *Ef* 5, 2); es su emisario y suplica en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios! (cf. *2 Co* 5, 20). Una caridad que es expresión de la gratitud que se difunde desde el corazón humano cuando se abre al amor entregado por Jesucristo, aquel amor «que en el mundo se expande»³⁹. Esto explica el ardor, la confianza y la libertad de palabra (*parrhesia*) que se manifestaba en la predicación de los apóstoles (cf. *Hch* 4, 31; 9, 27-28; 26, 26, etc.) y que el rey Agripa experimentó escuchando a san Pablo: «Por poco, con tus argumentos, haces de mí un cristiano» (*Hch* 26, 28).

La evangelización no se realiza sólo a través de la predicación pública del Evangelio, ni únicamente a través de actuaciones públicas relevantes, sino también por medio del testimonio personal, que siempre es un camino de gran eficacia evangelizadora. En efecto, «además de la proclamación, que podríamos llamar colectiva, del Evangelio, conserva toda su validez e importancia esa otra transmisión de persona a persona. [...] La urgencia de comunicar la Buena Nueva a las masas de hombres no debería hacer olvidar esa forma de anunciar mediante la cual se llega a la conciencia personal del hombre y se deja en ella el influjo de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre»⁴⁰.

En cualquier caso, hay que recordar que en la transmisión del Evangelio la palabra y el testimonio de vida van unidos⁴¹; para que la luz de la verdad llegue a todos los hombres, se

³⁹ «Che per l'universo si squaderna» (DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, Paraíso, XXXIII, 87).

⁴⁰ PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 46, en AAS 69 (1976) 36.

⁴¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 35.



necesita, ante todo, el testimonio de la santidad. Si la palabra es desmentida por la conducta, difícilmente será acogida. Pero tampoco basta solamente el testimonio, porque «incluso el testimonio más hermoso se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado –lo que san Pedro llamaba dar «razón de vuestra esperanza» (IP 3, 15)– y explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús»⁴².

4. Algunas implicaciones ecuménicas

12. Desde sus inicios, el movimiento ecuménico ha estado íntimamente vinculado a la evangelización. En efecto, la unidad es el sello de la credibilidad de la misión y el Concilio Vaticano II constató con pesar que el escándalo de la división «es obstáculo para la causa de la difusión del Evangelio por todo el mundo»⁴³. Jesús mismo, en la víspera de su muerte, oró «para que todos sean uno... para que el mundo crea» (Jn 17, 21).

La misión de la Iglesia es universal y no se limita a determinadas regiones de la tierra. La evangelización, sin embargo, se realiza de diversas formas, de acuerdo con las diferentes situaciones en las cuales tiene lugar. En sentido estricto se habla de «*missio ad gentes*» dirigida a los que no conocen a Cristo. En sentido amplio se habla de «evangelización», para referirse al aspecto ordinario de la pastoral, y de «nueva evangelización» en relación con los que han abandonado la vida cristiana⁴⁴. Además, se evangeliza

⁴² PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 22, en AAS 69 (1976) 20.

⁴³ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Unitatis redintegratio*, 1; cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 1, 50; AAS 83 (1991) 249, 297.

⁴⁴ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 34.

en países donde viven cristianos no católicos, sobre todo en países de tradición y cultura cristiana antiguas. Aquí se requiere un verdadero respeto por sus tradiciones y riquezas espirituales, al igual que un sincero espíritu de cooperación. «Excluido todo indiferentismo y confucionismo, así como la emulación insensata, los católicos colaboren fraternalmente con los hermanos separados, según las normas del Decreto sobre el Ecumenismo, en la común profesión de la fe en Dios y en Jesucristo delante de las naciones —en cuanto sea posible— mediante la cooperación en asuntos sociales y técnicos, culturales y religiosos»⁴⁵.

En el compromiso ecuménico se pueden distinguir varias dimensiones: ante todo *la escucha*, como condición fundamental para todo diálogo; después, *la discusión teológica*, en la cual, tratando de entender las confesiones, tradiciones y convicciones de los demás, se puede encontrar la concordia, escondida a veces en la discordia. Inseparable de todo esto, no puede faltar otra dimensión esencial del compromiso ecuménico: *el testimonio* y *el anuncio* de los elementos que no son tradiciones particulares o matices teológicos, sino que pertenecen a la Tradición de la fe misma.

Pero el ecumenismo no tiene solamente una dimensión institucional orientada a «hacer crecer la comunión parcial existente entre los cristianos hacia la comunión plena en la verdad y en la caridad»⁴⁶: es tarea de cada fiel, ante todo, mediante la oración, la penitencia, el estudio y la colaboración. Dondequiera y siempre, todo fiel católico tiene el derecho y el deber de testimoniar y anunciar plenamente su propia fe. Con los cristianos no católicos, el católico debe

⁴⁵ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 15.

⁴⁶ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995), 14, en AAS 87 (1995) 929.



establecer un diálogo que respete la caridad y la verdad; un diálogo que no es solamente un intercambio de ideas, sino también de dones⁴⁷, para poderles ofrecer la plenitud de los medios de salvación⁴⁸. Así somos conducidos a una conversión a Cristo cada vez más profunda.

En este sentido, se recuerda que si un cristiano no católico, por razones de conciencia y convencido de la verdad católica, pide entrar en la plena comunión con la Iglesia católica, esto ha de ser respetado como obra del Espíritu Santo y como expresión de la libertad de conciencia y religión. En tal caso no se trata de proselitismo, en el sentido negativo atribuido a este término⁴⁹. Como ha reconocido explícitamente el *Decreto sobre el Ecumenismo* del Concilio Vaticano II, «es manifiesto, sin embargo, que la obra de preparación y reconciliación individuales de los que desean la plena comunión católica se diferencia, por su naturaleza, de la empresa ecuménica, pero no encierra oposición alguna, ya que ambos proceden del admirable designio de Dios»⁵⁰. Por lo tanto, esa iniciativa no priva del derecho ni exime de la responsabilidad de anunciar en ple-

⁴⁷ Cf. *ibíd.*, n. 28, en AAS 87 (1995) 929.

⁴⁸ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Unitatis redintegratio*, 3, 5.

⁴⁹ Originalmente el término *proselitismo* nace en ámbito hebreo, donde *proselito* indicaba aquella persona que, proviniendo de las «gentes», había pasado a formar parte del «pueblo elegido». Así también, en ámbito cristiano, el término *proselitismo* se ha usado frecuentemente como sinónimo de actividad misionera. Recientemente el término ha adquirido una connotación negativa, como publicidad a favor de la propia religión con medios y motivos contrarios al espíritu del Evangelio y que no salvaguardan la libertad y dignidad de la persona. En ese sentido, se entiende el término *proselitismo*, en el contexto del movimiento ecuménico: cf. THE JOINT WORKING GROUP BETWEEN THE CATHOLIC CHURCH AND THE WORLD COUNCIL OF CHURCHES, *The Challenge of Proselytism and the Calling to Common Witness* (1995).

⁵⁰ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Unitatis redintegratio*, 4.

nitud la fe católica a los demás cristianos que libremente acepten acogerla.

Esta perspectiva requiere naturalmente evitar cualquier presión indebida: «En la difusión de la fe religiosa y en la introducción de costumbres hay que abstenerse siempre de todo tipo de acciones que puedan tener sabor a coacción o persuasión deshonesta o menos recta, sobre todo cuando se trata de personas incultas o necesitadas»⁵¹. El testimonio de la verdad no puede tener la intención de imponer nada por la fuerza, ni por medio de acciones coercitivas, ni con artificios contrarios al Evangelio. El ejercicio mismo de la caridad es gratuito⁵². El amor y el testimonio de la verdad se ordenan a convencer, ante todo, con la fuerza de la Palabra de Dios (cf. *1 Co* 2, 3-5; *1 Ts* 2, 3-5)⁵³. La misión cristiana está radicada en la potencia del Espíritu Santo y de la misma verdad proclamada.

5. Conclusión

13. La acción evangelizadora de la Iglesia nunca desfallecerá, porque nunca le faltará la presencia del Señor Jesús con la fuerza del Espíritu Santo, según su misma promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20). Los actuales relativismos e irenismos en ámbito religioso no son un motivo válido para desatender este compromiso arduo, y al mismo tiempo fascinante, que pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia y es «su tarea principal»⁵⁴. «*Caritas Christi urget nos*», «el amor de

⁵¹ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, 4.

⁵² Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), 31c, en AAS 98 (2006) 245.

⁵³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, 11.



Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14): lo testimonia la vida de gran número de fieles que, movidos por el amor de Cristo, han emprendido, a lo largo de la historia, iniciativas y obras de todo tipo para anunciar el Evangelio a todo el mundo y en todos los ámbitos de la sociedad, como advertencia e invitación perenne a cada generación cristiana para cumplir con generosidad el mandato de Cristo. Por eso, como recuerda el papa Benedicto XVI, «el anuncio y el testimonio del Evangelio son el primer servicio que los cristianos pueden dar a cada persona y a todo el género humano, por estar llamados a comunicar a todos el amor de Dios, que se manifestó plenamente en el único Redentor del mundo, Jesucristo»⁵⁵. El amor que viene de Dios nos une a Él y «nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo en todos» (1 Co 15, 28)»⁵⁶.

El Sumo Pontífice Benedicto XVI, en la Audiencia del día 6 de octubre de 2007, concedida al Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, aprobó la presente Nota doctrinal, decidida en la Sesión Ordinaria de esta Congregación, y ordenó su publicación.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 3 de diciembre de 2007, memoria litúrgica de san Francisco Javier, Patrono de la Misiones.

William Cardenal Levada, Prefecto

† Angelo Amato, s.d.b., Arzobispo Titular de Sila, Secretario

⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la visita a la Basílica de San Pablo Extramuros* (25 de abril de 2005), en AAS 97 (2005) 745.

⁵⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el Congreso organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos con motivo del XL Aniversario del decreto conciliar «Ad gentes»* (11 de marzo de 2006), en AAS 98 (2006) 334.

⁵⁶ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 18, en AAS 98 (2006) 232.

Índice

Sumario.....	05
Presentación	
ANASTASIO GIL GARCÍA	
<i>Director del Secretariado de la Comisión</i>	
<i>Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias</i>	
<i>Subdirector de Obras Misionales Pontificias</i>	07

Ponencias

I. Aspectos antropológicos, eclesiológicos y ecuménicos de la misión	
JOSÉ RAMÓN VILLAR SALDAÑA	
<i>Facultad de Teología. Universidad de Navarra</i>	13
Introducción.....	13
1. Contenido de la Nota.....	19
1.1. Legitimidad antropológica de la propuesta cristiana.....	20
1.2. Eclesialidad de la propuesta cristiana.....	24
1.3. Anuncio y testimonio en el ámbito ecuménico	25
1.4. Urgencia de la misión.....	28
2. Comentario	28
2.1. La pretensión de valor absoluto del cristianismo.....	30
2.2. Salvación en Cristo y en la Iglesia	32
2.3. La específica experiencia cristiana de salvación	35



II. Pablo, apóstol por vocación	
JORGE JUAN FERNÁNDEZ SANGRADOR	
<i>Director de la Biblioteca de Autores Cristianos</i>	39
1. Pablo, llamado, por gracia, a ser apóstol.....	40
2. La autoridad apostólica de Pablo	44
3. Como fue Dios con Pablo, así también será con nosotros.....	49

Mesa redonda

Animación misionera desde las delegaciones diocesanas de misiones

I. Introducción	
PABLO SECO PERNAS	
<i>IEME</i>	55
II. Animación misionera a los sacerdotes desde las delegaciones diocesanas de misiones	
MIGUEL ÁNGEL MELGAR VILLA	
<i>Vicario episcopal para el Clero de la Diócesis de Valladolid</i>	59
1. El sacerdote diocesano en misión y su vivencia de la fraternidad presbiteral.....	59
1.1. Desde la misión	60
1.1.1. La comunicación frecuente con los miembros del propio presbiterio	60
1.1.2. Una experiencia: la misión regional del Duero en Piura (Perú).....	61
1.1.3. La integración y comunión con el presbiterio del lugar.....	61
1.2. Tarea en el propio presbiterio.....	62
1.2.1. Vinculación del grupo pastoral con los que están en misión.....	62

1.2.2. Reconocimiento de la misión como «envío diocesano»	62
2. Momento actual en nuestra Iglesia: el testimonio misionero en el presbiterio	63
2.1. Cultivo de la espiritualidad sacerdotal	63
2.2. Animación de la fraternidad sacerdotal	64
2.3. Disponibilidad misionera y servicio a los pobres	64
2.4. Dinamismo pastoral ante un mundo en profundo cambio	65
III. La experiencia de misiones en la etapa de formación de un seminarista	
MIGUEL ÁNGEL ARRIBAS SÁNCHEZ	
<i>Director espiritual del Seminario diocesano de Madrid</i>	67
1. La experiencia vivida	67
2. ¿Por qué ir o enviar un seminarista un mes (o varios) a tierra de misión durante el verano?....	68
3. ¿Qué añade la experiencia pastoral misionera a la formación pastoral «ordinaria» de un seminarista? Objetivos	68
4. Criterios para que un seminarista pueda realizar una experiencia misionera durante el verano	70
5. Grupo de misiones dentro de la formación integral en el seminario diocesano	72
5.1. El seminario, escuela de misión: objetivos del grupo misionero	72
5.2. Algunos textos de la Iglesia sobre la dimensión misionera del sacerdote diocesano...	73
IV. Principios de comunicación organizada	
JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA	
<i>Universidad CEU San Pablo</i>	75



1. Algunos principios acerca de la comunicación en la Iglesia.....	75
2. La comunicación institucional.....	77
3. Propuestas.....	79
3.1. Canalizar los flujos de información	79
3.2. Servicio de información reconocible.....	79
3.3. Publicidad de los medios y las acciones comunicativas	80
3.4. Trato con los profesionales de la comunicación.....	81
3.5. Identidad visual	81
Anexo: ¿Cómo se redacta una nota de prensa?.....	82

Apéndices

I. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008	
BENEDICTO XVI	89
1. La humanidad tiene necesidad de liberación.....	90
2. La Misión es cuestión de amor.....	91
3. Evangelizar siempre	92
4. «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (<i>1 Cor 9, 16</i>).....	93
5. Conclusión	95
II. De la misión de san Pablo a la misión en el tercer milenio	
FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ	
<i>Arzobispo de Pamplona-Tudela</i>	
<i>Director Nacional de las OMP</i>	97
1. Introducción: un año paulino.....	97
2. Cambios en la misión	98
2.1. El mapamundi de la misión.....	98

2.2. La vieja tradición cristiana	99
2.3. No quedarse en el análisis	101
2.4. La oportunidad de un año paulino.....	103
3. Una vocación de Apóstol de las gentes	104
3.1. Las naciones	104
3.2. El Apóstol de los gentiles	106
4. El « <i>ad gentes</i> » de hoy	108
4.1. Id y predicad.....	111
5. Aprender de san Pablo.....	112
5.1. Centrarse en Cristo	112
5.2. Atreverse a evangelizar.....	114
Conclusión	118
III. Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización	121
1. Introducción.....	121
2. Algunas implicaciones antropológicas	124
3. Algunas implicaciones eclesiológicas	132
4. Algunas implicaciones ecuménicas	138
5. Conclusión	141



Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
c/ Añastro, 1 - 28033 Madrid
Teléf.: 91 343 97 92. Fax: 91 343 96 65
e-mail: edice.cee@planalfa.es

Noverim me, noverim Te

